AÑO-II
Vo 27

PRISMA
REVISTA ILUSTRADA DE ARTES Y LETRAS
ARIEL-LIMA 1905

AÑO II | Lima, á 1º de diciembre de 1906 | NUM. 27

U. N. M. S. M.
BIBLIOTECA CENTRAL
HEMEROTECA
FONDO ANTIGUO



FELINOS
(Cuadro de F.-M. Lard)

[De Salón Paris.—1905]

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

CARACTER DE LA LITERATURA DEL PERU INDEPENDIENTE

(*Continuación*)

El sistema que para americanizar la literatura se remonta hasta los tiempos anteriores á la Conquista, y trata de hacer revivir poéticamente las civilizaciones quechua y azteca, y las ideas y los sentimientos de los aborígenes, me parece el más estrecho é infecundo. No debe llamársele *americanismo* sino *exotismo*. Ya lo han dicho Menéndez Pelayo, Rubió y Lluch y Juan Valera: aquellas civilizaciones ó semicivilizaciones ante-hispanas murieron, se extinguieron, y no hay modo de reanudar su tradición, puesto que no dejaron literatura. Para los criollos de raza española, son extranjeras y peregrinas, y nada nos liga con ellas; y extranjeras y peregrinas son también para los mestizos y los indios cultos, porque la educación que han recibido los ha europeizado por completo. Ninguno de ellos se encuentra en la situación de Garcilaso de la Vega. Que de vez en cuando uno que otro poeta ó novelista tome sus asuntos en esas lejanas épocas y en esas extrañas historias, es muy justo y muy legítimo, tanto como el feliz intento de Chateaubriand en *Atala*, el de Flaubert en *Salammbo* y el de Goethe en *El diván*; ó más, porque al fin vivimos en tierras cubiertas de ruinas indias, y sangre india tiene la mayor parte de nuestros compatriotas. Pero pretender que la originalidad de la literatura hispano-americana se base, como sobre elemento principal, sobre las leyendas quechuas ó aztecas, chibchas, guaraníes ó araucanas, es tan absurdo como lo sería pretender que la originalidad de la literatura alemana consistiera en celebrar á Arminio y á sus guerreros, la de la inglesa en cantar al rey Arturo y al encantador Merlín, y la de la francesa en describir los sacrificios druídicos.

Recursos muchos más abundantes ofrecen las ex· ediciones españolas del siglo XVI y las aventuras de la Conquista. Al utilizarlas en los géneros narrativos, pueden describirse las sociedades indígenas que dichas expediciones iban á destruir, y dabe aprovechar así la materia poética que contienen, mejor que si se procediera directa y aisladamente. La época de la Conquista ha prestado y seguirá prestando grandes servicios á la originalidad de las letras americanas. Los trecientos años de la Colonia suministran, cuando menos, tema para novelas históricas y *tradiciones* en prosa ó verso, á la vez muy españolas y muy americanas.

En cuanto al *americanismo regional* no se niega su legitimidad, ni ¿cómo negarla? Precisamente porque las costumbres regionales de América van desapareciendo á toda prisa ante la inmigración y los progresos de la cultura, que las reemplazan con un descolorido cosmopolitismo ó las obligan á refugiarse en apartadas provincias, es el momento de recogerlas y consignarlas en obras literarias. Aunque bastante se ha hecho en este orden, harto queda por hacer. Pero como las costumbres regionales se están reduciendo á círculo muy estrecho, sus pintores incurren con facilidad en un convencionalismo amanerado y ridículo, semejante al de los que en España describen la vida de los chulos, de los gitanos y de los majos. En resolución, puesto que esas costumbres tienen que morir por fuerza, el *americanismo regionalista* es una fuente de originalidad que más tarde ó más temprano ha de secarse, so pena de convertirse en un género artificial. Y ya se notan claros indicios de agotamiento en la literatara gaucha de la Argentina y en la que propiamente llamamos *criolla* en el Perú.

El *americanismo descriptivo*, cuyos indiscutidos maestros son el venezolano Andrés Bello y el brasileño Araujo Portoalegre, es el único aceptable sin ninguna clase de restricciones. Sirve, no sólo para renovar el género descriptivo, sino para crear nuevas metáforas y de este modo remozar uno de los procedimientos esenciales de toda poesía.

Además de las tres mencionadas especies de americanismo, que son tres causas de novedad literaria, ha de tomarse en cuenta el hecho de que las diversas naciones de la América Latina tien n un carácter propio y peculiar, que han engendrado la distinta proporción en la mezcla de las razas y la diferencia del medio físico y moral, y que tiñe de particular color sus producciones intelectuales. Las literaturas latino-americanas expresan muy claramente el carácter de sus respectivos países. Nadie confundirá la literatura colombiana, encendida y vehemente, con la literatura chilena, razonadora y pesada, ni la burlona y graciosa literatura peruana con la espléndida y sensual literatura brasileña.

De lo expuesto se infiere que las literaturas hispano-americanas disponen de considerables elementos de novedad, y que, usando de ellos con inteligencia y tino, han logrado ya ser originales en algunas novelas y algunos poemas, y pueden aspirar á ser más originales todavía. Si en la misma España los escritores andaluces se distinguen de los castellanos ó aragoneses, con mucha mayor razón los escritores hispano-americanos han de distinguirse unos de otros, según los países á que pertenezcan, y todos de los españoles peninsulares. Pero esta diferencia no va más allá de donde van las variedades de las literaturas provinciales, y no basta á que la originalidad llegue á predominar sobre la imitación. Para esto; para que, á la inversa de lo que hoy sucede, la imitación fuera lo secundario y la originalidad lo principal; es decir, para que la literatura hispano-americana, aun conservando la lengua española, se independizara y adquiriera el carácter de una literatura propia é indígena, no serían suficientes los elementos originales que he señalado; sería menester que surgiera un ideal exclusivamente hispano-americano; es decir; que tuviéramos una manera especial de considerar la vida, como la tuvieron los helenos, como la tuvieron en parte los romanos, como la han tenido y la tienen los españoles, los franceses, los alemanes, los ingleses y los eslavos, y como la tienen ya los anglo-americanos. La gran originalidad, la verdadera originalidad, dimana siempre de un ideal. Pues bien: los hispano-americanos no tienen ni han tenido ideal propio, y probablemente no lo tendrán en mucho tiempo. Los ideales que nos dirigen é iluminan, vienen del extranjero. Nos faltan á los hispano-americanos para ser capaces de engendrar un fecundo ideal colectivo, homogeneidad étnica, confianza en nuestras fuerzas, vida intelectual intensa y concentrada, y hasta desarrollo social y económico; en resumen, todas las condiciones indispensables para que el ideal aparezca y tome después arraigo y consistencia. Hay que reconocer nuestra subordinación al ideal europeo ó al anglo-americano, subordinación forzosa y no sólo pretérita y presente, sino futura; por consiguiente hay que reconocer que en la literatura de la América Latina, sobre el elemento original, cubriéndolo y como ahogándolo, se levantará de continuo el elemento de la imitación extranjera (1).

Pero si estamos y estaremos condenados, tal vez por siempre, á que la literatura y aun toda la cultura hispano-americana, á pesar de algunas variantes, á pesar de algunos detalles y ornamentos originales, sean, por el fondo y por la substancia, literatura y cultura de imitación, ha venido la hora de que la imitación se convierta en reflexiva y deliberada. Al remedo inconsistente, caprichoso, propio de niños, que tantos estragos ha causado en nuestras letras, como en todos los ramos de nuestra actividad, es tiempo de sustituir la imitación ecléctica, el discernimiento en escoger los modelos, propio de sociedades adultas y serias. Debemos estudiar donde quiera lo provechoso y lo útil, examinar si se adapta á nuestra situación, y, si es adaptable,

(1) A idénticas concluciones llegó el distinguido educacionista y literato D. Agustín T. Whilar en su tesis para doctorarse en esta Facultad de Letras: *¿Es ó no posible dar giro nuevo y original á la literatura sudamericana?* (Lima, 1888).

Cumplo con un deber de gratitud y de honradez al confesar lo mucho que para este ensayo debo á los ilustrados consejos del Dr. Whilar.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

transplantarlo luego con precaución y con prudencia. Debemos aprender, pero no repetir servilmente; asimilar, pero no copiar; aclimatar, pero no reflejar sin crítica ni propósito, como lo hemos venido haciendo en todo el curso de nuestra historia. Sólo por esta labor de selección de imitaciones podemos suplir la originalidad que nos falta y crearnos en el concierto de la civilización universal un lugar modesto pero digno, exento de pretensiones prematuras y de ridiculeces pueriles. Y ¿quién sabe si en ella no se oculta el germen de la originalidad para lo porvenir?

Por eso el más grave peligro, el más temible escollo, el error de los errores, es en las naciones hispano-americanas la imitación exclusiva y unilateral. Y desgraciadamente, estamos precipitándonos en el error, corriendo hacia el peligro y acercándonos al escollo. La influencia francesa, que en Europa declina ó se eclipsa, en la América Española con rapidez creciente se consolida y profundiza; y en el Peru es más impetuosa y avasalladora que en otros países, porque no tiene contrapeso, porque no tiene que luchar con la norte-americana como en Méjico, con la italiana como en la Argentina, con la alemana y la inglesa como en Chile, ó con un fuerte núcleo de políticos y literatos hispanófilos como en Colombia. Novelas, versos, textos, programas, ideas filosóficas, económicas, pedagógicas, políticas; todo nos viene de París. En cuanto se escribe, adviértense las inimitables reminiscencias de autores franceses. Mucho más que el galicismo de dicción, sorprende en nuestros paisanos, por su generalidad y constancia, el galicismo de pensamiento. A toda prisa nos vamos reduciendo intelectualmente á la calidad de colonia francesa. No han faltado voces que protesten contra esta dañosa extremosidad. Juan Valera no se cansa de atacar y satirizar la galomanía de los hispano-americanos. Aquí mismo, señores, un compañero vuestro, un inolvidable maestro mío, de cuya reciente pérdida puede afirmarse sin ningún convencionalismo, sin hipérbole de ningún género, que deja en la educación nacional un vacío doloroso y difícil de llenar, el Dr. Labarthe, señalaba hace un año en memorable discurso los inconvenientes que entraña para el Perú el tiránico predominio de la pedagogía francesa. Y cuanto dijo el Dr. Labarthe apreciando las cosas desde el punto de vista pedagógico, es aplicable y conviene á la literatura, á la filosofía y á las ciencias sociales y políticas. De todo esto no sabemos los peruanos sino por los libros y manuales franceses; y cuando nos aventuramos á estudiar á un pensador, crítico ó literato que no es francés, no lo estudiamos sino porque en París está de moda, lo leemos de fijo en traducciones francesas y lo juzgamos por el prisma de las revistas de París. Es uno miserable servidumbre; es una triste y vergonzosa abdicación de nuestra raza, de nuestro sér y de nuestro criterio.

Entiéndase bien lo que pretendemos al combatir la absorvente imitación francesa. No queremos proscribirla. Sería una locura. No queremos ni siquiera reducirla ó debilitarla. Queremos que conserve su primacía, pero que se combine con otras. Queremos que la cultura alemana, la cultura inglesa, la cultura italiana, corrijan los defectos de la francesa (que los tiene, y no leves), colmen sus deficiencias y lagunas, nos sirvan de lastre' y que, por esta ponderación de influencias, nazca y se desarrolle en los hispano-americanos cierta independencia de juicio y cierta autonomía de voluntad. Progrese en buena hora la imitación franeesa, pero que no sea la única; que sea admiración entusiasta, pero nó fanatismo y esclavitud. Lo que irrita y subleva á veces, y más á menudo mueve á compasión y á risa, es aquella turba de jovencitos que, por haber pasado algunos meses en París ó por chapurrar unas cuantas palabras en francés, se echan á componer una endiablada prosa que á voces clama por mercurio contra el *gallico morbo* que la corroe, ó versos en que pnlulan á granel *los cisnes*, *los lirios*, *las hostias*, *las harpas lejanas*, *los sonidos vagos*, *los buveurs d'éther*, *las sinfonías blancas* y *el absintio*. De esta relea literaria se halla infestada toda la América Latina. Se imaginan que rivalizan con Rubén Darío, poeta exquisito pero funestísimo maestro; admirable en sí á título de curiosidad singular y atractiva, pero aborrecible como jefe de escuela. Y ¡qué embebecimiento tan candoroso, qué embriaguez, qué deslumbramiento de *rastacueros* los invade en presencia de lo que lleva el sello de la moda parisiense! Son como las mujeres, que se alocan de gusto ante los vestidos de París. ¡Y todavía si supieran escoger en lo francés! Pero lo que los atrae y los fascina no es la Francia intelectual severa y noble, la Francia que estudia y que medita, la de Renouvier y Fouillée, Faguet, Brunetiére y Tarde. Ni sospechan su existencia. La Francia de los literatos hispano-americanos es la del efectismo y la farsa, la de la *pose* y de la *blague*, la que continuamente bulle y borbota en extravagantes novedades, la que en 1890 fué simbolista y decadente, la que ahora está en plena fiebre de *nietzscheismo*. El *decadentismo* y el *simbolismo*, que son ya en París modas pasadas, y que para la gente de razón y de valer no fueron jamás sino efímeros y escandalosos extravíos, se consideran en la América Española como invenciones flamantes, y se estudian é imitan con increíble fervor. Justo es que así suceda. Al salvaje y al bárbaro no le cautivan las suaves coloraciones del cuadro, ó el reposado continente de la estatua ó la delicada melodía que deleitan al hombre culto y verdaderamente refinado, sino los colorines, los cintajos, los pintarrajeados y grotescos ídolos, y el furioso y discordante estrépito de los primitivos instrumentos musicales.

Cuando los primeros cruzados llegaron á Constantinopla, ¿qué sería lo que en la metrópoli oriental se impuso más á su admiración y se fijó más profundamente en su memoria? No fué de seguro lo que tenía de mejor la imperial Bizancio. No fué el magnífico paisaje del Bósforo; no fueron las bóvedas y los áureos mosaicos de Santa Sofía; ni las vastas bibliotecas donde reposaban, divinas semillas, chispas ocultas, pero inextintas del sacro fuego, los textos del saber helénico y los manuscritos de Homero, Esquilo, Sófocles y Píndaro. Serían la muchedumbre de cortesanos y eunucos, las lujosas sedas de sus vestidos, su rumoroso y apresurado arrodillarse cuando aparecía el amo, el *Agios Basileu*, ó serían tal vez las enjauladas fieras de los jardines de Alejo Commeno, ó las mañas y habilidades de los cocheros del Circo.

Nuestro país ha sido quizás entre los hispano-americanos el menos contaminado por el decadentismo y el modernismo. Lo ha salvado por de pronto su retraso literario. Sin embargo, principian á aparecer síntomas inequívocos y alarmantes de rápida propagación. No me extrañaría que entre los escritores en cierne hubiera discípulos de Verlaine y de Huysmans, de Pierre Louys y de Jean Lorrain, de Moréas y de Henri Bataille, de Mauricio Rollinat y de René Ghil, y adoradores de la pintura japonesa y de la impresionista (conocidas en algún libro de estampas), de los dramas de Maeterlink, de las novelas de Mauricio Barrés, y—¿por qué nó?—hasta de los versos de Gustavo Kahn y de los del conde Roberto de Montesquiou-Fezensac. No culpemos á Francia por el pésimo y estragado gusto de los jóvenes hispano-americanos. La literatura francesa vale más, mucho más, inconmensurable, infinitamente más que ese grupo de charlatanes ó de frívolos en el cual eligen dioses y maestros nuestros escritores. ¿No cuenta acaso Francia, entre los de la generación presente, con poetas como Rostand y novelistas como Mirbeau? Dentro de la misma influencia francesa, necesitamos un cambio radical de dirección; necesitamos abandonar y olvidar la Francia de las fugaces y necias alharacas, y dirigirnos á otra muy distinta, robusta, elevada y seria, que también tiene representantes en el campo de la amena literatura. Con frecuencia la ignoramos, porque nos arrastra el vano y vertiginoso tumulto de la primera. En la superficie de Francia, como en los bordes de un vaso, burbujea la espuma de una agitación malsana, y sin cesar se extinguen y renacen débiles y pasajeros fulgores; pero en el fondo, limpio y tranquilc, se encuentra el rico y dorado licor; sólo que nosotros rara vez lo bebemos.

(*Continúa.*)

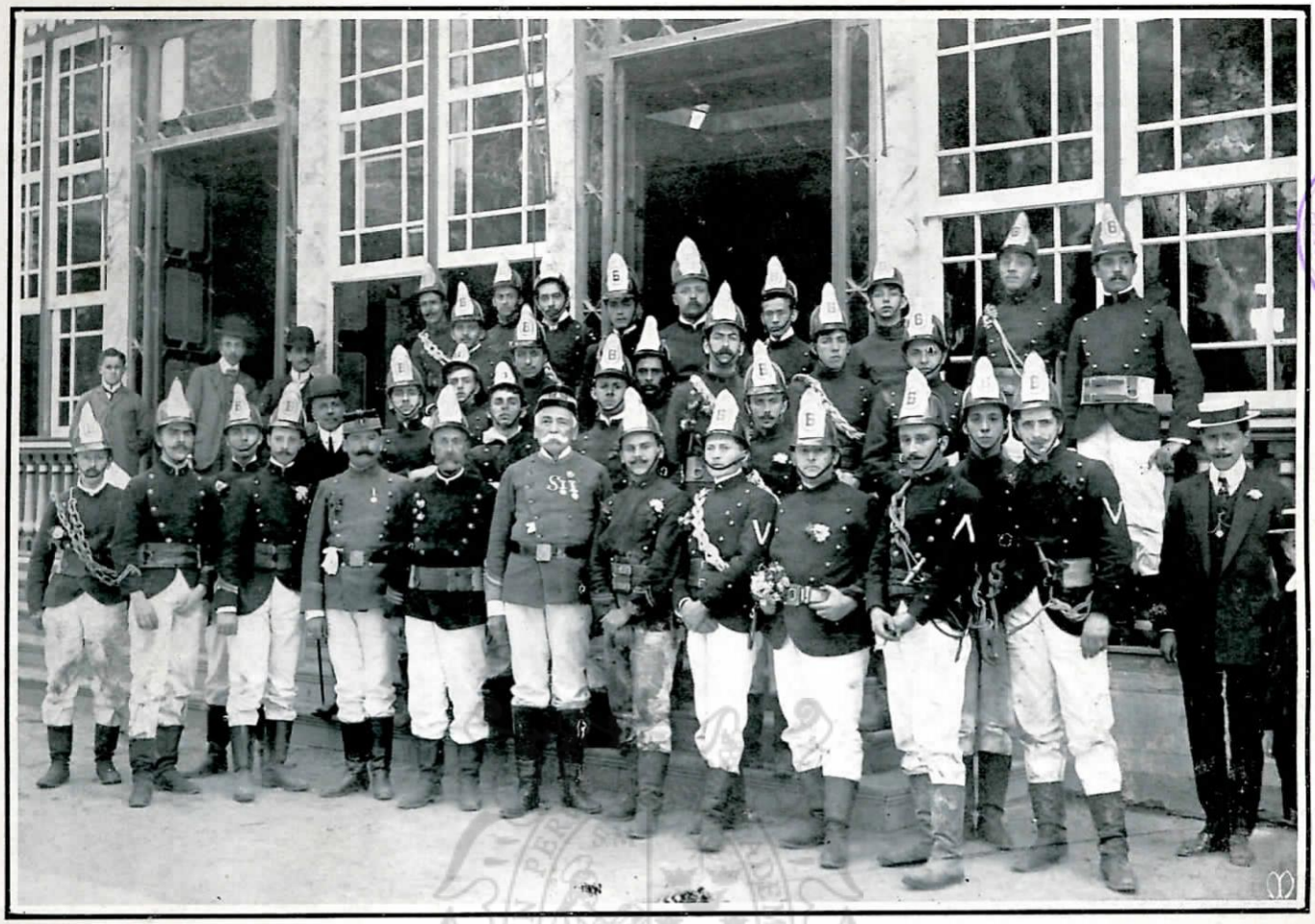
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América



MONUMENTO SAN MARTIN EN EL CALLAO

Foto. Moral

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América



BODAS DE COBRE DE LA BOMBA "INTERNACIONAL"



PERSONAL TECNICO Y EMPLEADOS DEL GABINETE DE HIGIENE Y FISIOTERAPIA, que dirigen los doctores César Sánchez Aizcorbe y Carlos Milesi

Fot. Moral

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

José Arnaldo Márquez

No se ha hecho debida justicia á la memoria de Arnaldo Márquez.

Fué un talento de primer orden: un árbol frondoso en el campo literario del Perú donde solo hay riego y protección para las gramíneas.

Poeta de altos vuelos, de refinada cultura, interesó á los pocos que saben distinguir la urdimbre del pensamiento rico y original del tocuyo extrangero ribeteado con cintas y lentejuelas americanas. No pudo ser popular Arnaldo Márquez, porque sin llegar á lo abstruso y caótico, cerníase en las regiones á que no alcanzan las muchedumbres frívolas, los lectores de chascarrillos y de almanaques.

Dentro de lo mucho bueno que escribió este poeta de los más grandes que hubo en América, reproducimos aquí su *Meditación*, obra notable, que pasó inadvertida para los ignorantes y silenciada con malicia por los críticos domingueros, esos eunucos convencidos de que nadie puede tener talento sin su permiso.

Consagrado á la pedagogía, dió á luz un periódico, *El Educador Popular*, editado en Nueva York y que fué la publicación castellana más completa por aquel tiempo, en su género,—á punto de alcanzar hoy sus colecciones un valor que no tienen otros periódicos.

Fué Arnaldo Márquez muy desgraciado ¿y cómo no había de serlo, si esta es la marca del genio hasta en los países más cultos cuando se rompe con el diapasón ordinario? Sobrio, industrioso, profesor de materias científicas, podía haberse repantigado en un puesto público y hasta hacerse rico con el empleo de ciertas habilidades muy comunes en su nación; pero, á ello prefirió la independencia artística, el afán de visitar otros pueblos, el deseo de conocer á otros hombres.... Y traduciendo á *Shakespeare «como ningún español ni americano lo ha traducido»*, enseñando en los colegios de Inglaterra, de Francia, de la Argentina, vivió sus últimos años lleno de padecimientos crueles, de decepciones amargas, hasta caer nuevamente en el seno de esa Naturaleza á la que ha cantado con acentos magníficos.



JOSE ARNALDO MARQUEZ

MEDITACION

Ya declina la tarde de mi vida
y avanzo en la penumbra paso á paso.
Siento sobre mi frente entristecida
condensarse la sombra del ocaso.

Y más allá diviso el mar profundo,
el misterio insondable: el grande abismo
donde se engolfa cuanto nace al mundo;
donde caerá tal vez el mundo mismo!

Horizonte solemne y misterioso
que envuelves el pasado y el presente:
¿Eres vida invisible? ¿Eres reposo?
¿Eres quizás la nada indiferente?....

¿Acaso en tu misterio se elabora,
silenciosa crisálide, otra vida,
otro universo, donde el alma mora
menos incierta y menos combatida?

¿O todo, todo en tu tiniebla yace
como en último fin sin vida alguna?
¿Perece para siempre lo que nace?....
¿Sólo es germen de muerte cada cuna?

Ante el solemne arcano el pensamiento
absorto, inquieto, en ansiedad profunda
interroga á la tierra, al firmamento,
y á la vida y la ley que la fecunda;

registra los anales de la Historia,
sondea el fondo del presente humano,
y en su propia conciencia y su memoria
con íntima inquietud pone la mano,

¿Qué soy en esta portentosa escena
de seres y de mundos?.... ¿Por qué vino
mi vida, y para qué?.... Grano de arena,
¿hacia donde me arrastra el torbellino?

Veo en perpétua lucha la materia
que por cambiar de formas se tortura,
y la deformidad y la miseria
mezclarse con la pompa y la hermosura.

Todo pasa y se borra y torna luego
y otra vez pasa en incansable jiro.
Manchas oscuras en el sol de fuego
y hasta en la luz de las estrellas miro.

Tumulto de implacables lidiadores
parece el seno del inmenso todo.
Los átomos de gases voladores
luchan y se repelen de igual modo.

Y así como los átomos los mundos,
y como el gas la ardiente nebulosa;
y aún en cielos más vastos y profundos
esta enorme materia borrascosa,

como desesperada de sí misma
se retuerce convulsa y se disuelve,
suicida eterna; y cuanto más se abisma,
más á la vida y á la lucha vuelve!

¡Qué abrumador enigma y qué profundo!
Si alguna fuerza oculta los sugeta
y no huyen más los átomos de un mundo,
ni huye más de un planeta otro planeta;

pierden entonces su existencia propia
y en algún nuevo embrión desaparecen,
que ya no es de este ni de aquel la copia.
y hasta las formas de los dos perecen.

Sale así de dos gases el rocío;
más estos ya no son: el agua queda,
y en duro hielo la convierte el frío,
ó en tibia savia en las raíces rueda.

¿Por qué los elementos son rivales
y jamás quieren reunirse al paso?
Si son gemelos ¿no han de ser iguales?
Si iguales ¿han de combatir acaso?....

Y si en la vasta inmensidad no existe
más que un sólo elemento primitivo,
¿por qué á su propia realidad resiste,
como entre hierros lidiador cautivo?

Desde el gas invisible, al tenue velo
del vapor condensado en la neblina,
y al arroyo que corre por el suelo,
y al peñón de granito en la colina;

todo es eterna lucha en que devora
la forma de hoy á la de ayer. Mañana
se borrará también la que hay ahora,
y otra vendrá perecedera y vana.

¿Qué busca el mundo en este afán continuo,
en este eterno batallar inútil?....
¿Cabe á tan grande cosa tal destino?
¿Cabe á coloso tal, suerte tan fútil?...

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

¡Quién sabe!.... Acaso la meteria inerte
al borde de la nada suspendida,
pugna por deshacerse de la muerte
y así elabora el germen de la vida.

Tal vez con sus esfuerzos de gigante
abra el albergue á una sublime esencia
que á condición más noble la levante
y haga menos estéril su existencia.

Esencia que en su seno se difunda
retemplando en la fuerza la armonía
y á cuya acción benéfica y fecunda
gane en bien y belleza cada día.

Y eso es la vida: oculto pensamiento
que ha convertido un átomo en semilla,
toma en ese corpúsculo su asiento
y hace de él insondable maravilla.

En la cumbre, en el llano en el abismo,
donde un rayo de sol pasando llega
torna el germen oculto en organismo
y el vasto imperio terrenal le entrega.

Llama y atrae los átomos, y escoje:
unos van á ser órgano, instrumento:
de otros propicia nutrición recoje:
le obedecen la tierra, el agua, el viento.

Y así este diminuto soberano
rompe el seno á la roca, al hondo suelo,
y envía el tallo juvenil, lozano,
á pedir luces y calor al cielo.

Ya se eleva, y es césped y es arbusto,
y árbol que á la tormenta desafía:
ya el flanco viste del volcán adusto,
ya el llano inmenso, bajo selva umbría.

¡Con cuánta previsión labra el asilo
de cáliz y corola á cada germen!
¡Con qué seguridad, sueño tranquilo
las nacientes semillas allí duermen!

Su poder misterioso multiplica
la primitiva forma y la conserva.
La acción que al mundo vegetal aplica
nunca jamás se tuerce ni se enerva.

A cada zona, á cada clima y suelo
nuevas especies brinda, nuevos frutos,
y con tenaz y previsor anhelo
conserva sus mejores atributos.

Ya no en el seno de producto extraño
los cuerpos que lo forman desparecen
como espantados del consorcio uraño....
Aquí los sexos se unen y florecen.

Y el poderoso germen primitivo
sér, formas y atributos, todo entero,
se reproduce en un ejambre vivo,
multiplicada copia del primero.

¡Maravillosa aparición! Potencia
que por mansión una semilla elijes,
y desde allí con asombrosa ciencia
tantas miriadas de átomos dirijes.

¡Oh, misteriosa aparición primera
del elemento animador oculto,
que así embelleces nuestra pobre esfera!..
¡Con cuánta admiración te rindo culto!

Cuando contemplo ese prodígio: el grano
leve, frágil, pequeño, imperceptible,
sometiendo á su imperio soberano
una materia colosal, terrible;

Cuando lo veo convertirse en velo
de inmensas selvas y de inmensos prados,
llamar las lluvias, sosegar el vuelo
de los siniestros lóbregos nublados,

y recoger en su esponjosa base
la anchurosa corriente desbordada,
para evitar que en su camino arrase
la región á la vida preparada,

y hacer sentir su bienhechor influjo,
purificando el espacioso ambiente,
y ser riqueza y ornamento y lujo,
raudal de vida y de hermosura fuente;

¿Qué eres, pregunto, inteligencia extraña,
á la que basta un átomo, uno sólo,
para cautivar el llano y la montaña
y el orbe terrenal, de polo á polo?

Ya no basta á tu acción el organismo,
bello cautivo del fecundo suelo,
que vive y muere sobre un punto mismo:
ya quieres dominar el mar y el cielo.

Y rompes la cadena misteriosa
que al átomo guardaba prisionero:
libre lo lanzas en carrera ansiosa
y le das por teatro el mundo entero!

Y es anfibio, y es pez, reptil, insecto,
ave que al ancho firmamento sube;
ya habita el fondo del pantano infecto,
ya vuela por encima de la nube!

Vive y se agita como en vasto mundo
en una gota de agua trasparente,
ó atraviesa con vuelo vagabundo
de sol á sol el ancho continente!

Mas entre tanto ¡oh sabia inteligencia
que los inertes átomos animas
y les das un destello de tu esencia
y á libertad tan grande los sublimas;

mientras conviertes el impulso ciego
de la atracción de la materia ruda
en el instinto que á su turno luego
en simpatía y en amor se muda;

y das al mundo en ascendente escala
átomo, germen, vegetal cautivo,
y el sér que mueve el pié ó extiende el ala,
más bello, más consciente, más activo;

con poder tan inmenso, aún no llegas
á someter este rebelde mundo....
Las fuerzas luchan iracundas, ciegas,
torrente despeñado al mar profundo.

Y todo el universo se desgarra
como demente fiera embravecida
que hunde en su propio corazón la garra,
y sigue siendo el inmortal suicida!

Desde el reptil hasta el león adusto,
desde el insecto al águila altanera,
ya entre las hojas del humilde arbusto,
ya en la agreste y salvaje cordillera;

en la gota del agua, en el desierto,
bajo la sombra de la selva oscura,
por todas partes, en fatal concierto
la destrucción infatigable, dura.

Y sucumben los débiles; y el fuerte,
fiera, ó cetáceo, ó ave carnicera,
devora, mata por placer. La muerte,
irresistible soberana, impera.

La exuberancia de la vida atrae
su propia destrucción, como la rama
que bajo el peso de sus frutos cae,
y así á la muerte donde quiera llama.

¿Por qué al crear la vida la desbordas?
¿Porqué hacer que á sí propia se destruya?
¿O las especies á tu voz son sordas,
y puede más su fuerza que la tuya?

Has libertado el organismo preso
y lo has enviado á recorrer el orbe.
Ya inunda tierra y mar: ya con exceso
toda la savia del planeta absorbe.

Tiene horror á su muerte ese organismo,
y al mismo tiempo por instinto mata.
¿Cómo colmar este siniestro abismo
que devora la hirviente catarata?

Tú das á tus vivientes creaciones,
fuerza y agilidad, poder fecundo,
vida de años y siglos, y las pones
armadas y vestidas en el mundo.

¿Qué falta? Cada cual á su destino
se muestra fiel: jamás especie alguna
se desvió rebelde en su camino,
y se encierra en su campo cada una.

Luchan y se devoran, más en tanto
ninguna aspira á dominar. En ellas
ni el ardor de la lucha ni su espanto
las estimulan á grabar sus huellas.

Cada individuo en cada especie pasa,
y en su seno se pierde, átomo oscuro.
La especie toda, inmóvil, no traspasa
de su recinto el insalvable muro;

mas el conjunto colosal la absorbe
y se transforma allí ó desaparece.
A cada paso que adelanta el orbe,
una raza inferior cae y perece.

En este torbellino de los seres,
este inmenso bullir de la existencia,
¡Oh secreto poder! ¿qué es lo que quieres?
¿Qué buscan, dí, tu voluntad, tu ciencia?

Los siglos y las épocas son horas,
quizás momentos para tí. Callada
la portentosa fábrica elaboras,
y espacio y tiempo para tí son nada.

Y como hicistes en secular faena,
brotar del seno de la masa inerte
toda esta vida que el espacio llena,
novel y ciega aunque brillante y fuerte;

quizás aspiras á infundirle ahora
el nuevo germen que á su esencia falta:
un rayo de tu esencia creadora
que alce la vida á una región más alta.

Ya en una inexplicable maravilla
más asombrosa aún que el mundo todo,
la inmensidad de tu potencia brilla
del más estraño y sorprendente modo.

Reunes en un sér todos los seres
con todos sus instintos; más le niegas
fuerza y agilidad; esos poderes
que por herencia al animal entregas.

Breve resumen de la enorme escala,
tiene la astucia del reptil rastrero,
y la furia del tigre de Bengala,
y la inquietud del pájaro viajero;

la incansable paciencia del insecto,
de las aves cantoras la armonía,
y cuanto existe de feroz y abyecto,
y cuanto bueno y malo alumbra el día.

Y lo pones desnudo y desarmado,
más débil é indefenso que ninguno,
del boa hambriento y de la fiera al lado,
sin fuerza amiga y sin albergue alguno.

Torpes y engañadores sus sentidos,
débil la voz, exigua la mirada,
lento el paso, los miembros ateridos,
la vida á breves años limitada;

ni abarca con la vista el horizonte
como el cóndor y el águila, ni corre
como ágil ciervo en intrincado monte,
ni ve la senda que la sombra borre;

y en tan cabal y mísera impotencia
no le queda siquiera la esperanza....
¡Es tan corta en el mundo su existencia!
¡Su exigua especie tan despacio avanza!

¡Ah! Si tuviera ese poder fecundo
que otras especies multiplica tanto!
¿Qué puede hallar en el extenso mundo
sino peligros, y dolor, y espanto?

Como para ostentar su poderío,
debilitas ahora la materia,
y la entregas al ciego desvarío
del instinto animal y la miseria.

Mas en ese misérrimo organismo
pones un rayo de tu propia esencia,
y nace el hombre!.... Atónito el abismo
contempla el esplendor de su presencia!

¿Qué importa que le falte vestidura,
que le amenace el frío y la tormenta?
La nueva ennoblecida criatura
sigue tu huella creadora: inventa.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Con los despojos que el otoño deja,
ramas secas del cedro ó de la encina,
prende el fuego que en torno se refleja
y abrigo da á su albergue y lo ilumina.

Y da una arma á su diestra, y á su planta
caer la fiera desangrada mira,
y con altivo impulso se levanta
y á dominar todo el espacio aspira.

Somete al toro mujidor al yugo,
y el dromedario y el caballo al freno;
ya los desiertos trasponer le plugo,
ya el oceano de borrascas lleno.

El presiente y presajia la tormenta
más que el ave del cielo exploradora,
y en los parajes lóbregos se orienta
á la luz de la estrella tembladora.

Y por todas las zonas y los climas
con paso audaz y triunfadora huella
se le mira escalar todas las cimas;
tierras y mares con su cetro sella.

Crea su pensamiento la palabra
para unir en un todo su linaje,
y en el granito y en la arcilla labra
con hondos caracteres el lenguaje.

Ellos borran el tiempo y la distancia
y atesoran la ciencia del pasado;
y sale así de su primera infancia
el ser á dominar predestinado.

Hoy su palabra donde quiera alcanza
al través del desierto y de los mares;
y en fragil hilo el rayo preso lanza,
mensajero de todos los hogares!

Así su acción universal se extiende
con el concierto de la raza entera,
y más y más á dominar aprende
materia y vida en la terrestre esfera.

Sí: la materia esclava le tributa
ciega obediencia: la inconsciente vida
goces le da que sin cesar disfruta
y está toda la tierra sometida.

Pirámides, colosos, monumentos,
regias ciudades, su recinto bordan,
taladra á las montañas los cimientos:
en redes mil las vías se desboidan.

En el humano frágil organismo
la inteligencia triunfadora brilla
dominándolo todo.... Y el abismo
mira absorto la nueva maravilla!

JOSÉ ARNALDO MARQUEZ.

FIESTA SIGNIFICATIVA



ASISTENTES AL BANQUETE AL Dr. PEDRO CARLOS OLAECHEA Foto. Lund

Los alumnos del 2º año de Jurisprudencia, obsequiaron el 21 de noviembre con un almuerzo en el Restaurant de la Exposición á su catedrático el señor doctor Pedro Carlos Olaechea nombrado últimamente juez árbitro en la cuestión de límites con el Brasil.

Ofreció la manisfestación el señor Oscar Miró Quesada en conceptuosos términos á los que respondió el doctor Olaechea con la profundidad y galanura que le son propias.

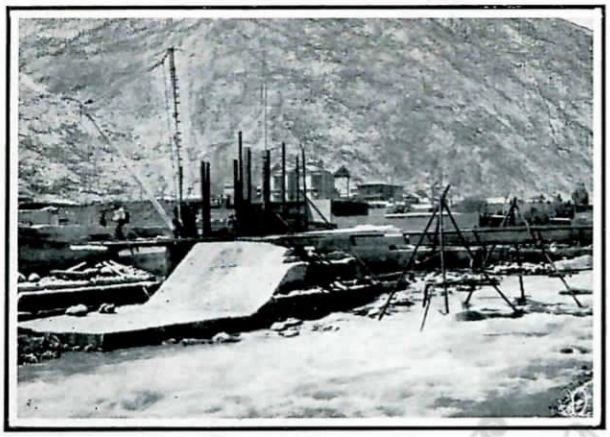
Esta hermosa fiesta prueba el entusiasmo y la simpatía que en los espíritus jóvenes ha sabido despertar el alto valor intelectual y moral del distiguido catedrático, quien tendrá siempre la satisfacción de haber sabido mantener vivo con el respeto y la consideración de sus alumnos, la semilla sentimental y fuerte que los verdaderos educadores siembran en la conciencia de las almas juveniles.

Lleva el doctor Olaechea con el recuerdo de esta expresión de simpatía el aroma primaveral de la juventud, libre del interés y la lisonja, y que si recibe, los frutos de la enseñanza superior, sabe devolver las flores del agradecimiento no menos grande.

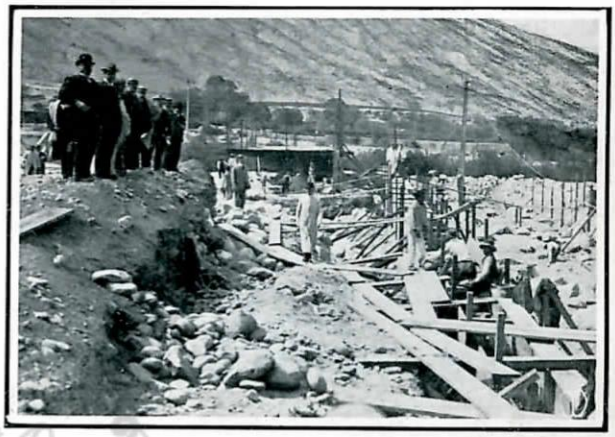
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

CHOSICA

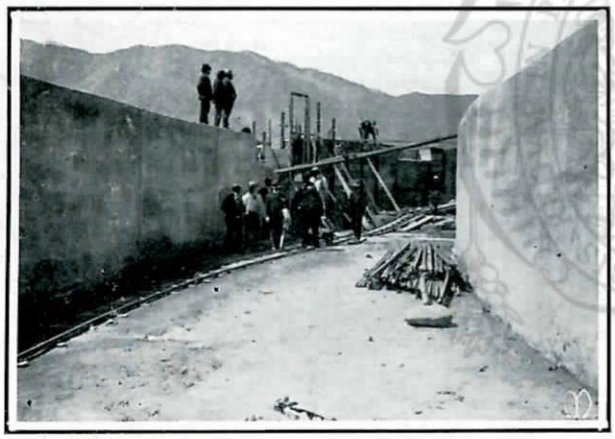
NUEVAS INSTALACIONES ELECTRICAS DE LA EMPRESAS ASOCIADAS



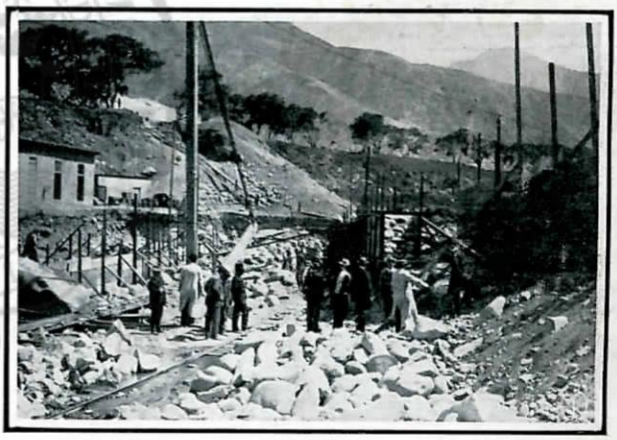
Las obras en Chosica á orillas del Rímac — Vista general



Estado de los trabajos en Chacra-Sana



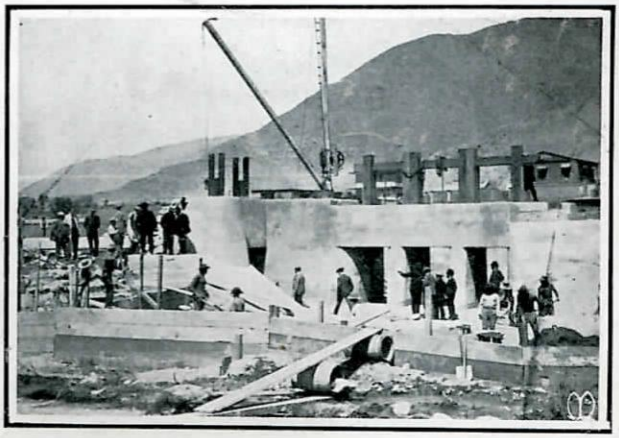
Una sección del canal en construcción á un kilómetro de Chosica



Término del canal en Chacra-Sana — Estado de los trabajos



En la compuerta primitiva de San Pedro Mama



La toma en el Rímac — Principio del canal de cuatro kilómetros que dará fuerza á la oficina de Chacra-Sana

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Ofrecemos á nuestros lectores varias vistas de los importantes trabajos que las Empresas Eléctricas Asociadas llevan á cabo en la actualidad, para la implantación de una nueva oficina hidro-eléctrica cuya producción de fuerza será de más ó menos diez mil caballos.

La boca-toma del canal cuyas vastas dimensiones pueden facilmente apreciarse en nuestros fotograbados, y en el que se encajonará todo el río Rímac, está construyéndose en la población de Chosica á quinientos metros del puente, y éste después de recorrer una extensión de más de cinco kilómetros, bordeando, y en algunas partes escalando los cerros, vendrá á terminar en la Hacienda Chacra-Sana, donde se instalará la nueva estación de fuerza.

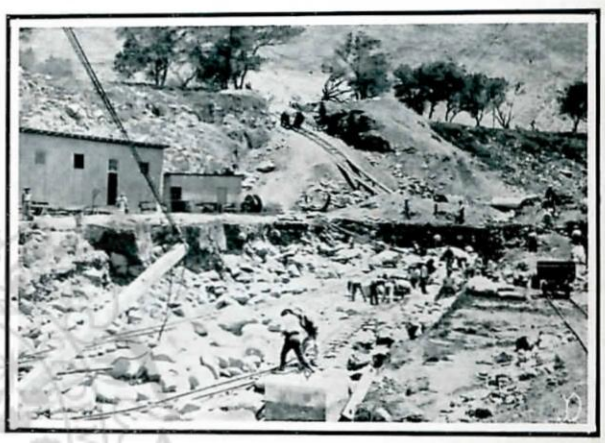
Es este canal una obra notable de ingeniería; la primera por sus excepcionales condiciones en el Perú, y que por sí sola demuestra el grado de progreso y desenvolvimiento que van alcanzando las instalaciones hidro-eléctricas entre nosotros.

La actividad con que se efectúa la obra, y el gran número de operarios que en ella trabajan en el día, prometen que ha de quedar terminada en muy breve plazo, con positivo beneficio de la industria de la capital que contará en adelante y para su futuro desarrollo con esa gran reserva de elemento motriz que prima hoy universalmente en el campo de la producción fabril y sobre todos los demás medios conocidos de alumbrado y de tracción.

***



En Chacra-Sana—El nuevo puente y los terrenos de la oficina en construcción



Colocando los tubos para la última sección del canal

Cartas de Flaubert

I

Qué abismo el que media entre un literato al modo de Gustavo Flaubert y un literato á la manera de Lope de Vega, cuyas obras dramáticas, según confesión del propio Lope,

....«en horas veinticuatro
pasaban de las musas al teatro»!

Del teatro «del fénix de los ingenios» poco queda en pié. Está hecho de prisa, sin reflexión, á lo que salga. Las novelas de Flaubert, por el contrario, viven y vivirán mientras haya espíritus inteligentes que lean.... en francés, porque son el producto de la observación, del estudio y del arte, todo en una pieza. Su método no era exclusivamente libresco; leía mesuradamente, pero á la vez miraba con ojos inquisitivos y penetrantes la naturaleza. No era un artista, como hay tantos, que buscaba en el papel impreso lo que sólo se halla en la vida, y en comercio con los hombres. ¿Quién puede negar el valor de los buenos libros? Pero el estudio *literario* no basta.

Aquí radica el vicio capital de la educación latina: en que no es experimental como la de los anglosajones, por ejemplo. Se nos enseña todo de viva voz, incluso las ciencias naturales. No cabe duda de que esta educación clásica, contra la cual claman en vano algunos espíritus franceses superiores, es uno de los factores de la decadencia de los pueblos neo-latinos. Hace más de treinta años que Herbert Spencer censuraba esta educación en un libro famoso.

Los ingleses *le oyeron* y hoy el sistema *objetivo*, el de Frœbel y Pestalozzi, es el que predomina en Inglaterra, Alemania y Norte América. Sólo viendo las cosas se las comprende. Yo, antes de ir á Italia, había leído muchos libros sobre Roma. Pues declaro que sólo cuando me ví en el Coliseo, en el Foro, en las Termas de Caracalla, en la Casa de Oro de Nerón, me dí cuenta exacta de lo que había sido el imperio de los Césares. La lectura es algo muerto, algo sin calor que no da la sensación de las cosas vivas. El que no ha viajado podrá ser todo lo *leído* que se quiera; pero carece de la base real de toda cultura, la que da el ponerse en relación directa con el mundo exterior. En este sentido, un *comunis voyageur* es más instruido que un sabio de biblioteca.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Flaubert, antes de escribir una novela, estudiaba el lugar en que se realiza la acción (el medio ambiente); recojía informes orales de las gentes que habían conocido de cerca á los personajes; luego estudiaba de los libros especiales cuanto se relacionaba con su obra: si pintaba, como en *Madame Bovary*, por ejemplo, los efectos morbosos del arsénico, no sólo consultaba tratados de toxicología, sino que preguntaba á sus amigos médicos sobre el caso, á fin de *empaparse* bien de la materia. Una vez recojidas y ordenadas sus notas, se ponía á escribir. Su labor era alma de literato *doublé* de cintífico. ¡Qué pocos son los que saben apreciar su obra! Como que para apreciarla se requiere una instrucción que la mayoría de los críticos no tienen. Los literatos siguen creyendo —allá se las haya—que para escribir basta únicamente leer y dejar correr la pluma. Así sale ello.

II

Las cartas dirijidas por Flaubert á su sobrina Carolina—hoy la señora Franklin Grout—de 1856 á 1880, no fueron escritas para publicarlas. Y precisamente en la naturalidad y *el abandono* que respiran, reside su gran interés. En ellas aparece el gran novelista con toda la simplicidad de un tío que habla familiarmente, sin pensar en el público, con su sobrina, con una sobrina capaz de comprenderle claro. La señora Franklin, al coleccionar esta correspondencia, nos instruye respecto de la vida y de los hábitos técnicos del famoso autor de *La Tentación de San Antonio*. *Las Cartas de Flaubert á su sobrina Carolina*, nos dicen una vez más cuán escrupuloso era en su labor. Durante ocho años, de 1872 hasta su muerte, acaecida en 1880, Flaubert tiene á su sobrina al corriente de las búsquedas de todo linaje á que se entrega para escribir *Bouvard et Pécuchet*, una de sus novelas menos conocidas y estimadas y que, por desgracia, dejó sin concluir. «El plan que he vuelto á leer ayer —escribía en 1872—me ha parecido *magnífico*; pero es una empresa aplastante y *espantosa*». Informa luego á su *corresponsala* de «las grandes lecturas» que ha empezado para *Bauvard et Pécuchet*. Los libros que lee son de filosofía y medicina. Más tarde le anuncia que se ha enfrascado en el estudio de la química. «Es preciso—dice—estar rabioso para dedicarse á tal estudio». Continúa leyendo monografías médicas. «Hace quince días que no leo otra cosa. Me faltan todavía algunos meses, al cabo de los cuales sabré algo». En 1875 continúa investigando y en 1888 «crée que sabrá la medicina suficiente que exije su obra».

«Estoy asustado de lo que tengo que leer para mi novela. Leo catálogos de libros y les anoto. He comprado muchos libros y no son pocos los que me quedan por comprar. ¡Qué trabajo! ¡Es abrumador!»

El, que ha declarado que «no hay nada más fastidioso que el campo», se pasa las horas «admirando la naturaleza». «¡Qué calor!—exclama.— Tiemblo ante la idea de que la semana próxima he de pasearme durante días entre árboles; pero el arte ante todo». En otro lugar dice: «He ido de París á Rambouillet por tren; de Rambouillet á Houdan en calesa; de Houdan á Nantes en *cabriolet*; después por el camino de hierro, á Rouen y he llegado á Croisset á media noche, bajo un aguacero torrencial. Todo me ha costado 83 francos. ¡Qué caro cuesta la literatura concienzuda!»

Salvo Zola, no se de ningún otro literato francés, que consagre á la labor artística tal suma de documentos. Trabaje, trabaje V. así para que le salga luego un criticastro diciéndole que tal ó cual cosa es *falsa*....

Un notario, amigo suyo, le envía desde París, notas relativas á la redacción de los testamentos. Maupassant le informa sobre «las copistas del ministerio»; en Rouen pregunta á un jardinero varios pormenores sobre apicultura. Estudia *sobre el terreno* la arqueología celta; profundiza la historia eclesiástica, la pedagogía, la botánica. Este cúmulo de trabajo, de lecturas enciclopédicas, le suma á veces en desaliento mortal; pero no tarda en mostrarse satisfecho de su obra. ¡Cuánto me queda aún por leer! ¡Cuántas dificultades! Cuando pienso en ello la cabeza me da vueltas y me siento aplastado por mi ambición». *Bouvard et Pécuchet* va saliendo poco á poco «del limbo». Si no resulta «fastidiosa» será «un gran libro». Confesemos que es algo monstruo y que el exceso de erudición dificulta que se le lea como debe leerse un libro de esa índole.

Hoy se sabe que este prurito de *saberlo todo* era en Flaubert uno de los síntomas de la epilepsia que le aquejaba. Si al principio de su carrera literaria era fácil y florido, en sus postrimerías la pluma se le volvió roncera. Su cerebro no funcionaba espontáneamente. Bueno es el estudio; pero ni tanto ni tan calvo. Hay que dejar algo á la imaginación. En Flaubert había un historiador enamorado de la verdad, un erudito meticoloso, un estilista que cincelaba la prosa como un orfebre cincela el oro. Sus luchas con la rebeldía de la expresión eran tremendas. Pretendía que cada vocablo diese la sensación del objeto que evoca. Y eso no es posible. El lenguaje es un eco, y el eco es el sonido atenuado; gracias si puede en ocasiones sugerir imágenes, que no es poco.

Flaubert no terminó *Bouvard et Pécuchet*. Murió súbitamente, de una apoplegía, antes de haber triunfado.

París, 1906.

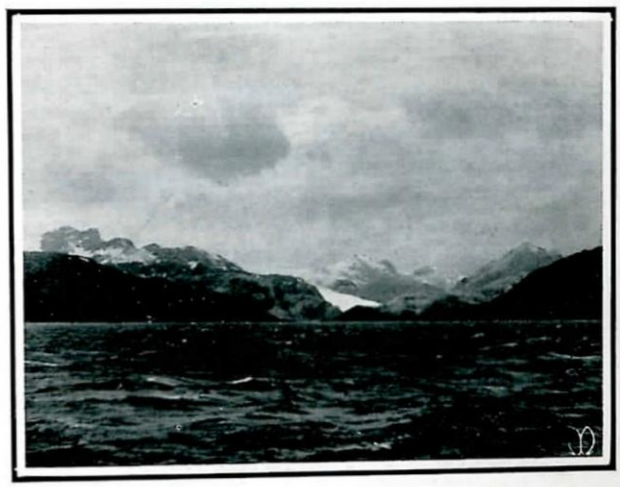
FRAY CANDIL.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

En el Estrecho de Magallanes



Una noche de luna en la bahía San Nicolás



Bahía glacial

Lima al vuelo

Como le pasó á Grandmontagne con Machaco, la indiferencia por el toreo puede concluir viendo torear al «Chico de la Blusa». ¡Espectáculo brillante, alborotador y *entusiástico* como diría un poeta de malvavisco. El día ostenta ese vivaz anaranjado de los cielos meridionales. Pasan empaquetados ciudadanos con pantalones de hilo, botas amarillas, caras ardorosas por el sol y la navaja dominguera; la corbata llamativa, detonando sobre el albo cuello. Mucho *canotier* y mucha cañita fustigadora, de esas que parecen la columna vertebral de *Monsieur Phocas*. Las victorias se colman de seres bien vestidos, los ojos brillantes, las caras felices. ¡Arre! Empieza por el viejo puente remozado el interminable desfile de volantas floridas en cuyos testeros sobresalen como raros nenúfares arrastrados por una corriente, vistosas sombrillas.

Airosas cabezas de mujer cobíjanse bajo éstas; rincones de nucas albean á la sombra elegante de una *paillasson* ya rara, ya sencilla, ya complicada, ya estrepitosa. Trallazos, gritos, estampidos de portezuela, silbidos. Estamos en Acho.

Pero dejemos de mano, el enojo de la compra de billete, las apreturas de la entrada y sentémonos en el tendido de sombra. Vista al frente. El sol calcina la mitad de la plaza quedando á media luz la otra mitad. Recuerda un menguante de luna. O el dicho aquel de que «Media humanidad se rie etc.» ¡Qué complicada trabazón de cabezas! ¡El *sol*! La humanidad atormentada por seis días de andamio, de banco, de pavimentación de calzadas. Seis días penosos de relación íntima con el martillo, con el zapapico, con la azada ó con el broquel, que vienen á explayarse y á sentir la embriaguez del entusiasmo.... y la otra.

Pero ábrese la puertecilla del toril y sale el cornúpeto bufando, la testa bien astada y dominadora, levantando con los pies minúscula polvareda. Ya antes, á un agudo toque de corneta y al estallido de un petardo, se ha paseado en triunfo la cuadrilla cubierta de oros discutibles, balancendo clásicamente el brazo. Los de á caballo despliegan los trapos rojos. Y si no lo hicieran creeríaseles arrieros en huelga ó intrusos. Tan sosos son. Otro toque, y el matador con descolorido y desflecado capote de brega asume ante el bicho actitudes elegantes, dominadoras, vivaces y truculentas. Banderillas. Desgalichados negros á quienes sienta el traje de luces como á un cristo un par de pistolas, enclavan no siempre con éxito y valiéndose de artimañas mil, vistosos palos en el morrillo del toro. Aplausos, berridos, voces de descontentos, mucha guasa. Gran espectación. El espada se acerca desplegando la roja flámula que al sol y entre la vida del conjunto, da esa nota encendida tan constante en las telas de Merino.

Nada es comparable en arrogancia á esta fase del Arte Tauromáquico. Desde el airoso avanzar del espada á la presidencia, profiriendo esas palabras que nadie oye con que brinda su toro, enarbolando la montera que luego arroja en truhanesca voltereta, hasta la estocada en los *rubios* después, todo está salpicado de audacias, de vivacidades, de delicadezas, de actos al mismo tiempo valerosos y astutos, pérfidos y seductores. Hay momentos de espectación en que parece que el torero será levantado en vilo por las agudas astas; el gentío se arroja sobre las barandas exornadas de trecho en trecho, por los vistosos capotes de paseo. Balancéase el toro con el morrillo manando sangre haciendo chocar las banderillas. Escarba, tiene hipo, vomita sangre, dobla las patas y se acuesta. El puntillero ó cachetero lo despena de un certero golpe. Los espectadores se agitan en interminable clamoreo. Sobre la arena, llueven sombreros y el espada que ha enrollado el trapo y puesto encima la espada, recibe su ovación. Rompe la banda en una carcajada y.... á otro toro, para lo cual os recomiendo una revista del amigo «Que se vaya». Yo también me voy. ¡Hasta otra!

Don SILVERIO.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

LA HUELGA DEL CALLAO

Tenaz la lucha por ambas partes, no han cedido las compañías de vapores ni los obreros en sus recíprocas pretensiones.

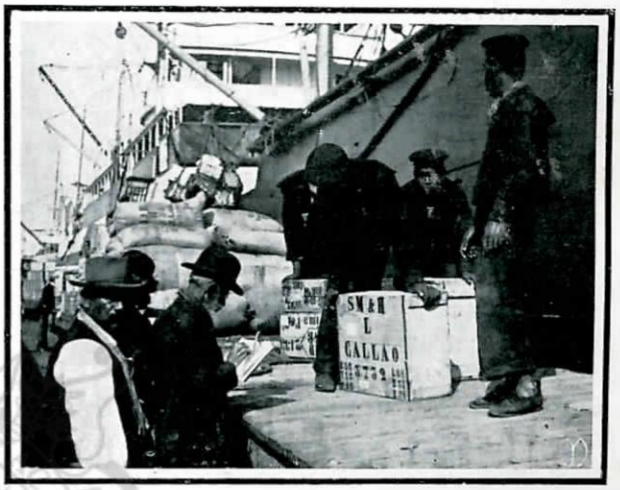
En este asunto, como en muchos otros de la vida, la justicia no está completamente del lado de los pobres ni de los ricos: todos tienen razón á su manera, y el fallo lo da la necesidad, el interés mayormente perjudicado con la paralización del trabajo.

Nuestro buen pueblo chalaco, alborotador pero no agresivo, sostiene enérgicamente la huelga marítima sin asumir una actitud que habría costado ya, en otras partes, sangrientos choques.

Dios ilumine á las empresas navieras, ó apague el entusiasmo de los huelguistas, porque entre esos bandos contrarios están los comerciantes en general y todos los humildes ratoncillos que vivimos de los despachos de aduana.



Los huelguistas en la Plaza San Martín



Marineros reemplazando á los cargadores



Los huelguistas escuchando á su delegado



Tripulantes de la armada recibiendo la carga



Un "winchero" improvisado abordo del "Mera"



Marineros de la "Lima" trabajando en la darsena

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

En el gran sendero

I

Es una risueña mañana de la florida Primavera.

A la orilla de un camino muy transitado, y en medio de alegre paisaje, se encuentra sentada una mujer anciana. Noble es su aspecto, y triste, muy triste, la expresión de su semblante. Sus cabellos son blancos como copos de nieve. Hondos surcos hay en su rostro, también muy blanco, y de severas y correctas líneas; pero esas arrugas, en vez de afearla, parece como que añaden magestad á su fisonomía. Viste severamente de negro; y este color de su traje forma un contraste armonioso con la blancura casi transparente de su cara y de sus manos, y con la nieve inmaculada de su cabeza. Su mirada es melancólica y profunda. Lleva lentes que deben ser de mucha fuerza, pues á través de sus diáfanos cristales se ven sus pupilas muy agrandadas; unas pupilas que parecen tener el poder de penetrar en lo más hondo del alma de las personas á quienes mira.

Una cosa particular es que por ese camino, muy transitado, todos los viajeros van en una sola dirección. Todos salen de regiones oscuras y hacia regiones luminosas se dirigen. Y otra particularidad: todos van alegres, todos parecen felices, y todos se hallan, más ó menos, en los albores de la existencia. Ya caminen solos ya en grupos pintorescos, todos semejan vivas imágenes de la Dicha; y cantan, rien, hablan, se acarician y pasan, pasan sin mirar á su alrededor, con los ojos fijos en el lejano y azul horizonte, por donde asoman entre explendorosos celajes de oro y grana, los rayos del sol naciente.

Pasan por junto a la anciana severa y triste; pero no la ven siquiera esos seres que parecen invadidos por una extraña y feliz locura. Tal vez tropieza con ella un niño, un adolescente de uno ú otro sexo, ó una enamorada pareja; y vense así obligados á mirarla; pero apartan bien pronto los ojos de esa figura, como si su vista les produjera desagradable impresión en el estado en que su espíritu se encuentra; y si algunos muy pocos, se detienen y hacen ademán de hablarla, arrepiéntense luego, como asustados de su grave aspecto, y siguen su marcha, sin haber desplegado los labios, ó sin atender la respuesta, si acaso llegaran á interrogarla,

Y ella, la misteriosa anciana, sigue sentada á la vera del camino, siempre triste é impasible, mirando pasar las multitudes; triste, con tristeza de sér humano, impasible con impasibilidad de esfinge. Sin embargo, á través de esa actitud hierática, adviértese en fugitivos instantes como el reflejo de ocultas pasiones. De repente, y ante aquel desbordamiento de dicha, se ve brillar como un rayo de indignidad en esos ojos antes tan serenos; las dulces facciones se contraen con una expresión como de odio, y los labios exangües y delgados esbozan una sonrisa sarcástica; pero todo esto es muy rápido. Presto recobra el rostro su inamovilidad de estátua, y va borrándose el sombrío destello de esas pupilas agrandadas que siguen mirando á los viajeros pasar y perderse en las lejanas vaguedades del paisaje primaveral.

¿Adónde va toda aquella gente?

Ese es el viaje de la Humanidad: el gran viaje á través de la Existencia. Esos transeuntes son los hombres y las mujeres que empiezan, y que marchan de cara al sol, recibiendo en sus frentes los rayos del astro naciente, explendorosos y puros, y las brisas del alba, frescas y perfumadas. Son la infancia, la adolescencia, la juventud, que corren como montón de potros indómitos en las vírgenes pampas, por el anchuroso sendero de la vida que ante ellas extiende sus lujuriantes y seductoras galas.

¡Y allá van, las multitudes anhelantes é inconscientes, atraídas por un miraje maravilloso que va alejandose á medida que ellas avanzan; allá van, creyendo siempre alcanzar la suspirada meta; sordo cada individuo á toda voz que no sea la que dentro de su pecho se alza en el himno sublime del Ensueño; ciego á todo espectáculo que no sea el de la visión que se dibuja en su retina como falaz imagen de su deseo!

—¡Allá, allá, allá está la dicha exclaman los niños alborozados, y siguen corriendo, con las blondas y rizadas cabelleras al viento, mientras juguetea en sus rostros de ángel la risa purísima é inocente del que aún no conoce el Mal!....

—¡Allá, allá, allá está la dicha, exclaman los adolescentes, y corren y corren desolados, pensando en la gloria, en el Amor, en las Riquezas, en el Poder; y extienden los brazos, como si sus aspiraciones fueran á transformarse en seres tangibles en un momento dado; y avanzan las frentes nobles y soñadoras que resplandecen con la luz del Ideal, como para recibir en ellos los besos de esas apariciones cuyas siluetas creen ya ver dibujarse entre el azul del firmamento, y que no son otra cosa quizás, que las fúlgidas creaciones de sus exaltadas fantasías!.....

—¡Allá, allá, allá está la dicha, se dicen á media voz tiernamente cogidos de las manos, un hombre y una mujer que acaban de unir sus destinos, antes de proseguir el gran viaje; y se unirán el uno en los ojos del otro, sonriéndose recíprocamente, con la divina sonrisa del amor correspondido; y sintiendo palpitar sus corazones con ese ritmo que imaginan ha de ser siempre unísono! Allá van, engolfados en su cariño, arrebatados por el torbellino de sus propios sentimientos, sin acordarse de ayer, sin pensar en mañana, porque para ellos sólo existe el presente, que se figuran muy largo, y que es nada más que una infinitésima parte del eterno tiempo! .....

La anciana severa y triste, de blanco rostro y de cabellos blancos, sigue sentada á la vera del camino, mirando desfilar á toda esa loca muchedumbre con sus pupilas grandes, cada vez más grandes, que brillan con luz intensa y apacible á través de los diáfanos cristales; y sus labios delgados y descoloridos pronuncian quedamente, muy quedamente, como si sólo fueran un soplo, estas palabras:

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

—¡Ilusión! ¡Ilusión! ¡Ilusión! ¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira!.....

II

Es una tarde sombría y nebulosa del melancólico Invierno.

El sol, pronto á hundirse en el ocaso, envía, por entre una atmósfera gris, sus pálidos rayos horizontales á la campiña, no verde y florecida, como en la mañana primaveral, sino árida y seca, como quemada por las ventiscas y nevades.

A la orilla del camino sigue sentada la anciana severa y triste, tan indiferente á los rigores de esta estación, como antes lo estuvo á las caricias de la otra.

Siguen las multitudes en su afanoso tráfago; pero no van ahora de las tinieblas hacia la luz: caminan, al contrario, de la luz hacia las tinieblas. No ilumina sus rostros el sol naciente. La desmayada luz del astro moribundo apenas alcanza á dibujar sus alargadas sombras en el suelo, duplicando extrañamente las figuras en la incierta penumbra. Y no son yá las alegres bandadas de niños, de adolescentes y de jóvenes las que recorren el sendero. Son gentes de edad madura, ancianos de ambos sexos, quienes ahora pasan, desandando el camino que en la mañana hicieron. No tienen ya ese aire de triunfo y de conquista: van con las frentes ensombrecidas, taciturnos y vacilantes, como los soldados de un ejército en derrota. Ya no corren: caminan lentamente, meditabundos y cabizbajos, con los brazos caídos y las miradas tristes ó sombrías fijas con ansiedad, casi con terror, en el lejano confín del oscuro horizonte. Se ve bien que el cansancio los abruma, que querrían detenerse; pero una fuerza fatal los empuja y siguen, como á despecho suyo hacia el fin temeroso y desconocido.

Los niños, los adolescentes, los jóvenes, son ya viejos. En los ojos de las mujeres se notan las huellas de ardientes lágrimas; en los de los hombres, aunque enjutos, el rastro de profundos dolores. Todas las frentes están afeadas por las arrugas; en todas las bocas ha sustituido la acerba contracción del sufrimiento á la expresión placentera de la risa. ¡Ah! Es el que el tiempo no ha transcurrido en vano para esos seres!.... Y bien se comprende que ya no se alimentan de esperanzas: viven tan sólo de recuerdos, y el remedio es siempre amargo, como es siempre dulce la esperanza. Esta hace erguirse la cabeza é inflarse el pecho: aquel, inclinarse la frente y encorvase las espaldas. La una es ligera como la dicha, el otro es pesado como el infortunio. ¡Recuerdo de los primeros años, qué tristes, qué triste sois, cuando venís á posaros sobre nuestras cabezas, en los luengos días de la edad provecta!

....Nessun maggior dolore
Que recordarsi del tempo felice
Nella miseria....

ha dicho el gran poeta Florentino!

Aquellos que en la mañana pasaron solos, vienen ahora acompañados; muchos de los que iban acompañados, vuelvan solos; pero todos están tristes y ceñudos; y si alguna de aquellas parejas regresan aún juntas, no es ya cogidos de las manos: no se sonríen ahora mútuamente, ni se acarician murmurando tiernas frases el uno al oído del otro. No: al presente no se dirigen siquiera la palabra, y si se miran es de reojo, con torvo y airado gesto. No son ya dos enamorados: parecen más bien dos enemigos. Antes llenaba su alma el amor á otro ser. Al presente se enseñorea en ellos el amor á sí mismos. A la abnegación, tan propia de los años juveniles, ha sucedido el egoismo, inherente á la vejez. El más feo de los vicios ha reemplazado á la más hermosa de las virtudes!

La misteriosa figura sigue mirando impasible con las pupilas grandes y profundas á los viajeros, que ahora sí se fijan largamente en ella. Muchos, casi todos se detienen, la hablan, la interrogan, parece que le ruegan; pero ella los escucha indiferente, con la siempre enigmática sonrisa vagando por sus labios exangües y delgados; moviendo la cabeza v murmurando con acento ténue como un suspiro:

—¡Es tarde! ¡Es tarde! ¡Es tarde!....

A la penumbra sucede la completa oscuridad, y en medio de las tinieblas, como fantasías lúgubres y silenciosas por las calles de un Cementerio, siguen en inacabable hilera los seres humanos que van á perderse en insondable abismo!....

Así, por siglos de siglos, sin tregua ni descanso, continúan pasando las generaciones; alegres al emprender la marcha, cuando llevan consigo un hermoso bagaje de ilusiones y esperanzas; y tristes al regresar, cuando esperanzas é ilusiones han ido abandonándoles á cada Estación del largo viaje!

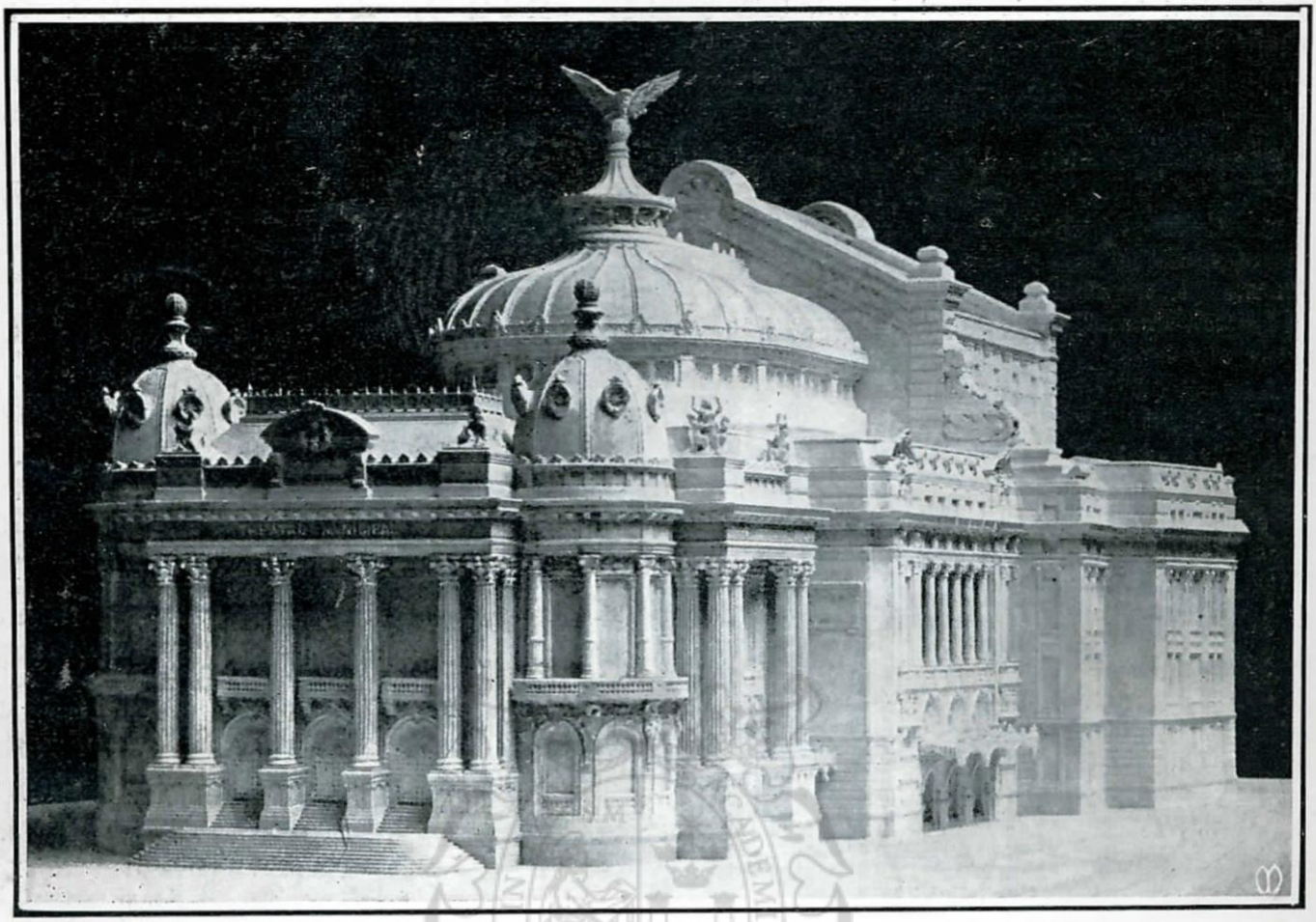
Y la *Experiencia*, que es la anciana severa y melancólica que está sentada á la orilla del camino, sigue viendo pasar sucesivamente á la festiva ronda carnavalesca, vestida de brillantes é irisados ropajes, que agita los cascabeles para acompañar sus gozosos cantos; y á la macabra procesión que marcha cubierta con enlutados crespones, y sin otra música que el rumor extraño y fúnebre de sus propias pisadas!.....

Los jóvenes desoyen sus consejos, los viejos se los piden cuando es tarde para aprovecharlos, y por eso *ella*, que ha saboreado todas las dichas y apurado todos los dolores de la Existencia, permanece siempre impasible y severa y triste sentada á la orilla del *Gran Sendero!*

Guayaquil, octubre de 1906.

LASTENIA LARRIVA DE LLONA.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América



TEATRO DE LA OPERA EN CONSTRUCCION, EN RIO JANEIRO

Portico

ÁLBUM DE LA SEÑORITA MARÍA FLÓREZ

Yo soy el que primero te pide un hospedaje,
la flor de tu recuerdo perfumará mi viaje,
tu mirarás la ofrenda de un pobre trovador;
y seguirán llegando por ocultos senderos
dolientes peregrinos y pálidos romeros
dejando sobre tu álbum su más galante flor.

Mi ruta es larga y triste, mi objeto está lejano,
es joven mi semblante, mi espíritu es anciano,
ignoro la sonrisa, soy sabio en el llorar;
y ante tus ojos negros, doliente peregrino
cubierto por el polvo que flota en el camino,
me paro un breve instante para poder soñar!

Yo sigo mi sendero, tú, linda castellana,
me mirarás sonriente pasar una mañana,
yó beberé en tus ojos sagrada inspiración,
te cantaré una trova divinamente triste
y al recordar que un día ya lejano me oiste
despertará un ensueño sobre mi corazón.

Continuaré mi ruta de pobre caminante,
mi canto irá muriendo tembloroso y distante,
al fin de la jornada me volveré hacia ti.
Un crepúsculo suave rodeará mi partida,
después quizás ya nunca te encontraré en la vida
y tú mi castellana te olvidarás de mi.

José GALVEZ

Lima, 1906.



CAPITAN DE NAVIO Sr. ENRIQUE N. ALAYZA
✠ Noviembre 13 Foto. Castillo

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

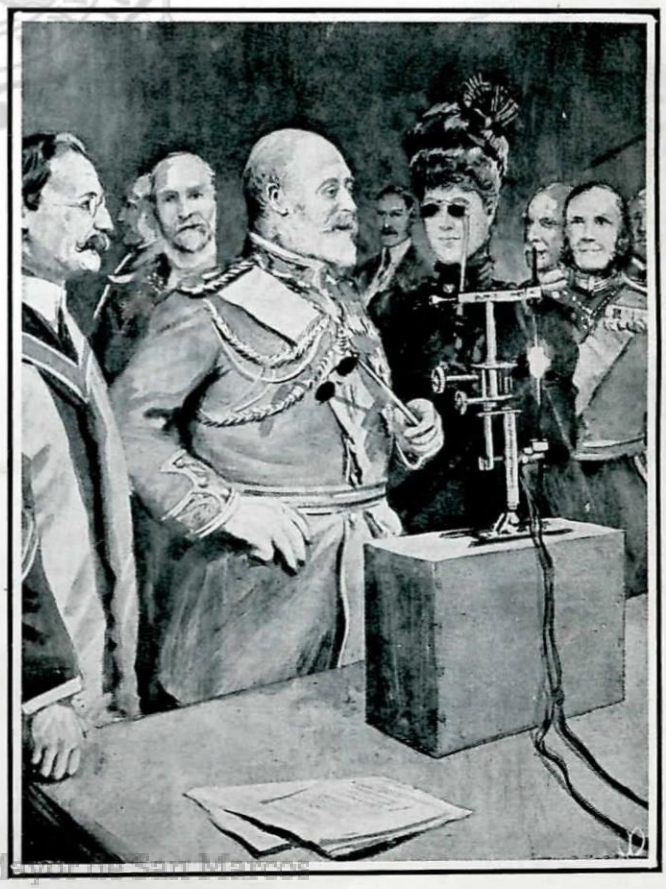


PERSONAL DOCENTE DE LA ESCUELA NORMAL DE VARONES DESPUES DEL BANQUETE AL DIRECTOR Sr. POIRY Fot. Lund

Los soberanos de Inglaterra

Y EL «ARCO PARLANTE ELECTRICO»

El rey y la reina de Inglaterra (antes que Eduardo VII saliera para su curación en Mariembad de donde ha regresado con perfecta salud) se encontraron en Newcastie, en el colegio Armstrong, asistiendo á notables experimentos eléctricos dirigidos por el profesor Armstrong. De tales experimentos—atracción de metales, repulsiones, formación de arcos á alta tensión, trasmisiones sub-acuáticas de fuerza, etc.,—una resultó especialmente interesante y divertida (aquella que, sintéticamente, fué denominada del «arco parlante»). En una habitación lejana de aquella en que se encontraban los soberanos con su séquito, fueron emitidos varios sonidos delante de un receptor eléctrico, y tales sonidos transformados en luz eléctrica llegaron á la sala en donde estaban el rey Eduardo y la reina Alejandra, merced á dos polos á carbón; las vibraciones de cuya luz recompusieron los sonidos originales. Entre tales sonidos habían las palabras: «nosotros somos arcos parlantes» «auguramos á sus Magestades vida larga y feliz». La luz reprodujo también, una harmonia, un peqneño solo de violín, y también otro de pito; todo lo que agradó muchísimo á los augustos espectadores que hicieron uso de anteojos ahumados para observar mejor las vibraciones de esa luz parlante.



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Sepelio del doctor Chacaltana

Entre los muchos y buenos discursos pronunciados en el Cementerio General ante los restos del Dr. Chacaltana, resalta como nota efusiva del corazón, el que le dedicara á nombre del Colegio de Guadalupe, Don Leopoldo Cortés, profesor también de ese instituto; discurso que reproducimos sin ofender la proverbial modestia de nuestro amigo.

Helo aquí:

Fué, señores, el Colegio Nacional de Guadalupe, fué esa vieja casa de tantas vicisitudes, casi secular, y en cuyas aulas se iniciaron tantos espíritus venerados para la patria donde nació la vida mental del doctor Cesáreo Chacaltana. Calientes rayos de libertad alumbraban esas aulas. Los maestros eran á la vez grandes repúblicos, y los niños crecían oyéndoles forjar las nuevas ideas -las espadas centellantes- amparadoras de los derechos de la conciencia.

En Guadalupe se inició y en los brazos de Guadalupe cae esta gran personalidad, como germina y se

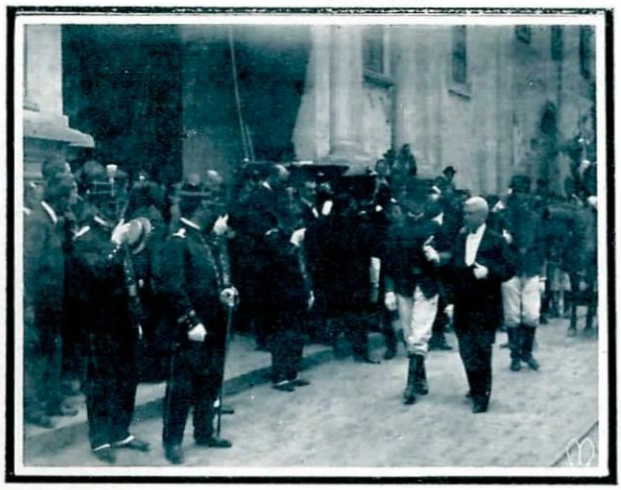


Capilla ardiente en la Cámara de Diputados — Foto. Valverde

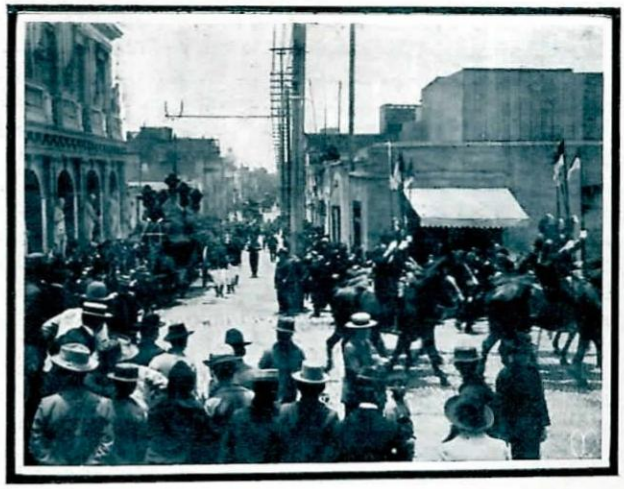


CONDUCIENDO EL ATAUD DEL TEMPLO AL CARRO MORTUORIO — Foto. Valverde

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América



Saliendo de la Merced



En la subida de Santa Clara



El cortejo en la Plaza de la Inquisición



Entrando al Cementerio



Frente á la Cámara de Diputados

Fotos. Lund



El Dr. Manzanilla leyendo su discurso en el Cementerio

abate sobre el amplio solar la robusta encina que le cubrió con sus ramas.

Guadalupe me envía, pues, donde vosotros: pone en mi alma todas las tradiciones de su glorioso pasado, las tristezas de su presente y las inquietudes de su porvenir, para asociar su íntimo dolor al dolor de la República, y que yo os diga aquí, dominando mi propia, inmensa pena, las sinceras alabanzas que debe al ilustre finado. ¡Noble, pero difícil empeño! Vosotros lo sabéis, señores, mejor que yo; acabáis de oirlo: es tan vasta y tan múltiple la obra humana de este esclarecido ciudadano, fué tan grande su irradiación, que no sería posible encontrar campo alguno de la actividad mental, ni de los intereses nacionales en donde no surja su espíritu bañando en luz los más lejanos horizontes de la República!

Desde los albores de la juventud el doctor Chacaltana vivió para los demás. Las almas esclarecidas vienen así desde el cielo, como vienen desde los altos riscos los grandes ríos para difundir la vida. Puede asegurarse que el señor Chacaltana ha vivido en público, al aire

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

libre. Ha vivido con el pueblo, con todo el pueblo; en perpetuo razonamiento con todas las ideas; en infatigable diálogo con todos los problemas, en resuelto consorcio con ese gran Todo que llaman la Masa, hablándole desde el encumbrado santuario, que llaman la prensa, en esa lengua múltiple que emplea todos los idiomas y tiene caricias como las vírgenes, y desdenes como los escépticos, y asechanzas y postracciones y heroismos y tempestades y llamas: que inicia, dirige, ilumina, alienta, vivifica, acobarda, mata, consuela y desespera; que canta como la Marsellesa y contiende como las legiones de Milton, y alumbra la incierta noche de las almas con la aurora boreal de la esperanza....el periódico, el diario, la palabra del pueblo!....Y ha hecho también esa lucha á brazo partido, pecho contra pecho, esa como incrustación de músculos, ciclópea, que llaman la oratoria—en defensa de la más hermosa y perseguida de las divinidades, la Libertad, sembrando la arena del estadío con los despojos de sus enemigos, y llamándolo con las voces sonoras de su verbo. Ora en la cátedra explicando el misterio de los astros y las maravillas creadoras de la fuerza, ó la génesis y evoluciones del Derecho Civil—todo eso que es Dios y á Dios conduce- ora en el Congreso, que es el censor inapelable de los derechos del pueblo; ora en el Gobierno, influyendo desde el Ministerio en el respeto á la ley, que es el único poder digno de la obediencia del hombre, porque es obra suya;—ora en la plenipotencia, que exterioriza y dilata á la patria, y le abre paso en el concurso de las extrañas gentes, y la levanta y la defiende y la respetabiliza en contrarresto sagaz y resuelto con las combinaciones del cálculo; el hecho es que el doctor Chacaltana no ha vivido en casa sino afuera, así como vivieron Arístides y Pericles, como vivieron los Gracos!:—en la casa, apenas para que el ángel del hogar defienda y consagre la conciencia, ..la conciencia que es el supremo poder del hombre, que es todo el hombre, señores como la santidad es Dios, es el supremo poder de Dios!

Imposible sería, pues, deciros y por mi inquieta palabra, y en este sitio, lo que la posteridad ha de narrar en la Historia cuando disipado por las alas del tiempo, el polvo de los presentes días, señale á las nuevas generaciones la influencia de este varón ilustre en los destinos de la patria.

Pero en medio de ese vastísimo campo de labor fecunda se alza su serena, su nunca controvertida personalidad de maestro. Nació para enseñar. Toda su vida fué una hermosa enseñanza: Dió á los ensoberbecidos el ejemplo generoso de la moderación, y á los humildes el consejo de la resistencia. Hizo de la cátedra algo así como su segundo hogar;de los niños, como el aura refrescadora de sus ardores de luchador: Allí inclinado sobre el alma inocente y cariñosa de la infancia, ó en la augusta cátedra del Derecho, iban á solicitarle los intereses públicos, los peligros nacionales, las zozobras de las leyes, los temores de las libertades; y hacia los niño volvía, depuesta la investidura, el uniforme oficial, como volvió una vez Cincinato á la tranquila siembra de sus campos, después de defender la patria. Y los niños y la juventud le amaban, le siguen amando, le amarán por siempre con el cariño pue inspira la benevolencia, con la admiración que despierta el talento; con el entusiasmo que enciende la abnegación ilimitada,

Parece raro, pero así es la verdad; la fantasía del doctor Chacaltana se deleitaba con el rigor de las matemáticas, con los misterios de las ciencias naturales. Miraba el cielo con el arrobamiento de Arago, y decía de la elocuencia del número con el verbo de Pascal.

Y es que las ciencias exactas atizan la fantasía, al par que desarrollan la observación: quiero decir, las dos más bellas facultades del hombre: la que escudriña los misterios y la que los explica, los reproduce y colora, aclarándolos para la percepción de todos, como el telescopio. La vida es una eterna ecuación; los falsos supuestos somos muchas veces los hombres, y en vano, en vano perseguimos la incógnita, que acaso no podemos encontrar, ni aquí en este pavoroso campo en que, dicen, acaban todas las dudas.

Así enseñando en el aula y en la ciudad, vivió y desaparece también nuestro amigo y nuestro ejemplo. Desde las modestas ocupaciones de la clase se endereza en sus pasos por el natural movimiento de los hechos hasta los altos peldaños de Palacio: el entusiasmo de la juventud le llevaba entre sus alas de fuego, y habría de ascender, tarde ó temprano, si quien contribuyó con todos sus alientos á hacer la patria de lo porvenir, debiera aventurarse á las instables promesas de la patria y de lo presente.... Y nada faltaba ya, nada, á la glorificación de esa alma extraordinaria, sino esta hermosa apoteosis, este sincero dolor con que los varones más ilustres y las más risueñas esperanzas de la República, anuncian con su presencia en este lugar, con el abatimiento de las banderas y el estridor de los cañones, que nada pudo evitar el tierno adios de este ciudadano inmaculado—¡deslumbrador arrebol de un astro que se oculta....!

He dicho.

Ingeniero A. Umlauff

Director de la Escuela de Minería de Oruro en la República de Bolivia, nuestro compatriota el señor Umlauff, desempeña lucidamente ese cargo, contribuyendo así, en el más noble sentido, á la fraternidad de dos pueblos que tienen intereses comunes y que deben auxiliarse antes que por las armas, por el estudio y aprovechamiento de sus riquezas.

La obra de Umlauff y los ingenieros peruanos que le acompañan, merece todas nuestras simpatías, porque es obra duradera, de acercamiento intelectual entre la juventud de dos países, los más favorecidos de Sud-América por la importancia de sus minerales y que tienen mucho que aprender el uno del otro.

El gobierno de Bolivia al encargar la dirección de la Escuela de Oruro á uno de los más distinguidos diplomados de la Escuela de Lima, ha hecho honor á los conocimientos y práctica del señor Umlauff que se inició en la «Caylloma Silver Mining» y otras comisiones importantes como la del ferro-carril de Sicuaní al Cuzco y el estudio de las minas de Cinabrio de Huancavelica. Sobre estas minas, dió un informe de lo más completo en su clase.



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América



Sr. FRANCISCO TALLERI RAINERI

Fotos. Desgranges



Srta. MARGARITA DE CHAUX



Dr. CARLOS A. WASHBURN,
nuevo Ministro de Justicia

Foto. Moral

Sargento Mayor Oscar R. Benavides

El Sargento Mayor don Oscar R. Benavides, alumno de la Escuela Superior de Guerra, ha obtenido el número uno en la promoción de oficiales del Estado Mayor General. Conforme á un decreto del Gobierno debe ser uno de los cuatro oficiales que, por haber alcanzado la nota más alta en el examen, será enviado á Francia con el fin de completar sus conocimientos técnicos en el prestigioso ejército de aquella República.



MAYOR OSCAR R. BENAVIDES

Foto. Moral

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Reivindicaciones históricas

ALGUNA vez hemos sostenido que el *genio* es la síntesis suprema del modo de sentir y de pensar de una época del mundo; el conjunto de las aspiraciones de un momento, unidas en una alma; la reunión misteriosa de los espíritus en un espíritu; un pueblo, un siglo, una edad, la humanidad y á veces la humanidad y Dios que se hacen *verbo*!

Juzgar al genio no es la obra de sus contemporáneos: la talla del gigante es demasiado alta para que puedan percibirla los pigmeos de su época; la aspiración que encarna es demasiado suprema y traspasa por mucho los anhelos mediocres; la idea que sintetiza es prepotente y avasalladora para tener por medida los juicios y los prejuicios de aquellos á quienes enseña ó corrige. ¡Quién sabe si para juzgar al genio se há menester de otro genio: Goethe en presencia de Napoleón, la personificación del espíritu libre y fecundo, en choque con el carácter avasallador y no menos fecundo; el encuentro de dos voluntades inquebrantables. Alejandro y Aristóteles los dos miembros de la eterna ecuación que planteó la humanidad hace más de 50 siglos: la lucha de las razas conquistadoras y absorbentes; la fraternidad por la civilización!

Apagadas las pasiones que se incendian en una época, cuando la fria reflexión y el examen severo hacen mirar los, sucesos con la tranquilidad de un observador y no con la pasión de prosélito ó enemigo, es entonces que el juicio del genio se consuma y se perfecciona, y aún así, cuántas veces desde su época lejana, el gran hombre es estandarte de rebelión ó lábaro de un sistema. ¿Aristóteles y Platón no eran los jefes de los grandes partidos doctrinarios de la edad media, nominalistas y racionalistas?

¿Y por qué esa dificultad para emitir un juicio exacto acerca de un hombre que como todos los demás vivió en esta vida intensa y borrascosa? No se reflexiona bastante en la exactitud que encierran las tres unidades de medida impuestas por la sociología: *medio, raza é instituciones* y unidas á éstas la gran fuerza hereditaria: de ajustar á éstas medidas el juicio sobre los hombres del pasado, nace la dificultad de la crítica histórica, su manejo cae como el don de pentecostés sólo sobre los elegidos.

Cada época del mundo tiene su fisonomía propia; las ideas tienen su precisión y su claridad, las doctrinas su solidez, las formas de gobierno su razón y fundamento; hierven en cada época los gérmenes de reforma, sí; pero el fuego de la *marmita* es lento y la masa social no se caldea por años sino por siglos. Cuando cambia el estado social el cambio se realiza sin bruscas transiciones, por que llega cuando todos ó el mayor número de los espíritus entibiados lentamente por el fuego del ideal, hanse acostumbrado á soportar la temperatura extrema que ocasiona el cambio nuevo.

Lo que se ha dado en llamar cataclismos históricos, no debe entenderse en su sentido estricto; el cataclismo histórico no cambia *completamente* el estado social, no es sino trastorno momentáneo y violento que es fuerza poderosa, empuje formidable, pero no definitivo; la revolución búdica que estalló en el Oriente conservó una sustancia bramínica, la irrupción bárbara del siglo V. d. de J. C. no mudó la faz social del Imperio; el feudalismo copió en sus reinos minúsculos la organización imperial; y los retoños del árbol gigantesco que tronchó la invasión, brotaron con Teodorico en el siglo VI y con Carlo Magno en el siglo VIII. La humanidad es como la naturaleza, extraña á las súbitas mutaciones: las ideas se esterilizan y se vuelven infecundas cuando no se renuevan; las instituciones se fosilizan cuando se cierran á la reforma y no se dejan agitar por los nuevos ideales. Los períodos geológicos son como los sociales, lentos y seguros y quién sabe si eternos!

Los hombres que se pasman de los cambios radicales son los que miran la carrera de la vida humana en sus dos puntos extremos, el de partida y el de llegada; mirando los puntos medios ó siguiendo el camino recorrido, no tendrían ni sorpresa ni impresión, pues mientras más admiración haya en un cambio radical que se impone y lo acepta el mayor número, mayor es la ignorancia de los motivos que lo han producido y mayor la extrañeza para soportar la reforma. Hay hombres exóticos, como hay plantas que mueren salidas de su medio, y la desgracia máxima que le puede acontecer á un hombre, es vivir fuera del ambiente de su medio, de su época. La tristeza infinita y la compasión austera que despierta en el alma la lectura del Quijote, provienen de la extrañeza con que miramos al hombre desequilibrado y sin plano de sustentación para su espíritu. Vive en una época que ha muerto! Pobre loco del ideal, recorre el mundo como una sombra, luchando con los fantasmas de su mente calenturienta, y mientras la naturaleza permanece muda é indiferente á sus proclamas heroícas, cuando alguna vez busca al aliado en abnegación y sacrificio, se halla con la carcajada estridente ó el ronco gruñir del escudero, representación de la realidad grosera y estúpida. Ariosto lo habría coronado; Cervantes, lo magulla y lo escupe!.

Vivir en una época del mundo! Acomodarse á infinitas tendencias: subordinación social y política; pertenecer á cierta clase social, desempeñar tal función pública, someterse á la imitación reinante, los usos, costumbres, aficciones, artes preponderantes, educación que se recibe, hábitos que se adquieren ó que se heredan. Hé aquí la infinita complejidad que rodea al hombre y que haciéndolo aspirar ese ambiente y nutrir su inteligencia de esas tendencias, lo forman á su imagen y lo hacen hasta cierto punto *suyo*, realizando en él lo que tan hermosamente dice M. Pilo del arte influenciado por el medio: «Es el medio quien trae y lleva el arte, como el enfriamiento más ó menos grande deposita ó, suprime el rocío, como la luz más ó menos débil, nutre ó marchita las porciones verdes de las plantas. (1)

Y el momento histórico, y ese cúmulo de ideas políticas sociales y religiosas imperantes, y esas filiaciones á tal doctrina y á tal partido, y esas pasiones que triunfan ó se hunden. Los del pasado son tan diferentes de nosotros, han menester medida tan diversa para tallarlos, que es tan criminal anatematizar sus faltas como ponderar sus méritos. ¿Cómo había de ser nuestro pudor el pudor de los griegos del gimnasio; cómo había de ser nuestro amor á la verdad como el de los persas, ni el interés por la *res pública* de Pericles (el autócrata?) como el de Washington el justo! ¿Podemos medir hasta donde fué justificado el mote de Padre de la Patria que recibiera Cicerón? Si lo vamos á apreciar por la frustrada y ridícula conspiración de Catilina, aquel título es inmerecido; pero cuán merecido es si lo consideramos al través del pavor que infundió entonces la salvación, después del peligro inminente y que traía el recuerdo de Sila y Mario; cuán merecido resulta después de las alabanzas que del gran orador hiciera César que jugaba á dos ases y colocando un ojo en la salud del pueblo para

(1) *M. Pilo* Estética Integral.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

adormecerlo, dirigía el otro sobre el Capitolio, para dominarlo!

Las instituciones, la raza y la herencia son otras tantas poderosas fuerzas que las debe aquilatar la crítica seria y razonada. «Sabe leer la historia, dice lord Macaulay, quien observando la influencia que las circunstancias ejercen sobre las pasiones y las ideas de los hombres, y cómo el vicio se toma muchas veces por la virtud, y la paradoja por el axioma, aprende á distinguir en la naturaleza lo que es accidental y pasajero de lo esencial y permanente» (2)

Aprendamos á reverenciar á los hombres superiores, midámoslos con justeza y no los envolvamos en la nube de nuestras preocupaciones para obscurecerlos ó mancharlos. Aprendamos á respetar á las generaciones pasadas; de ellas dependemos, de sus esfuerzos á favor del ideal ha nacido nuestra mejora.

Nosotros, á la vez, si hemos de ser juzgados en el porvenir, cuando las ideas políticas, religiosas y sociales hayan cambiado, desearíamos que se nos juzgue con arreglo á las ideas reinantes en nuestra época y á nuestra educación, y, esa humanidad no nos prodigará baratas alabanzas por nuestros avances de progreso, ni nos hará acres censuras por nuestros rezagos de barbarie intelectual y moral. Todo depende del método de su crítica, como depende de que hoy adoptemos el juicio sobre la humanidad que ya no existe.

Alguien ha comparado á una institución como un castillo donde se sostiene encarnizado, perenne combate entre dos bandos, unos que se ocupan de demolerlo, otros de afianzarlo y repararlo. El escritor que hace este simil, cree llevar con su obra y sus esfuerzos doctrinarios solo un grano de arena para ayuda y sostén del gran castillo, que si tiene como defensores héroes y sabios, expertos y tenaces soldados son también sus asaltantes. Continuando el símil, nosotros diríamos que la civilización en cada estadío histórico es ese Castillo fantasmagórico; los que lo defienden representan el pasado con sus tendencias, sus aspiraciones y sus bríos: los que lo atacan son los representantes del porvenir; el ataque se prolonga y al fin concluye dejando escombros á los victoriosos atacantes, que se aprovechen de los cimientos para volver á edificar según sus planos y modernos trazos; otra nueva invasión acomete el flamante edificio y así edificando y destruyendo pasa la vida humana y se retrata en esta perenne lucha la constante evolución histórica, los avances cada vez más perfectos del porvenir, y los obstáculos que ofrece el pasado, obstáculos que producen un gran bien: hacer lento el progreso, y haciéndolo lento, darle solidez y eficacia.

¡Benditos ambos combatientes!

No son retrógrados los que representan el pasado, nó, ellos detienen la aceleración violenta del progreso, tratan de conservar, de sostener el fruto madurado de una forma de civilización, ó lo que llaman la eterna verdad y la forma inmutable, tratan de servir á la humana raza y evitar el derrumbamiento de la civilización. Son sinceros, aman la humanidad y se mueven al influjo de un ideal: *la conservación* que para ellos, no es *lo mejor posible* sino *lo mejor absoluto*. Injustos los que los miran á través del prejuicio de la doctrina ó de la secta. Junípero el sencillo, entrando desnudo en Vitervo y haciendo escudilla de un cráneo; Epicteto conversando con su cadena; Pascal temblando con sus escrúpulos de jansenista; Sócrates ofreciendo al morir un gallo á Esculapio; los indios del Perú matándose en los funerales de su rey, *dios-sol*; todos ellos merecen respeto profundo y austero. Los que conservan realizan un gran bien, ellos hacen seguro el triunfo, la reforma estudiada, el éxito eficaz.

Los representantes del porvenir, los reformistas que desparraman sangre y cosechan flores en la ruta de la vida, que llevan canastillos de verdades y los arrojan en la procesión del ideal, esos que son vilipendiados y escarnecidos hoy y bendecidos mañana, no los entiende el pasado, por que reflejan el porvenir; el presente caduco ó relegado los ataca á veces; pero su luz es muy viva, su gloria explendorosa, la oscuridad que se les proyecta resulta ténue. No hay mano suficiente que sirva de pantalla al sol!

La reivindicación para las magnas figuras de la historia llega al fin. Juzgados en conformidad con su época y con el sistema del que fueron soldados, sin menoscabarles lo que sea producto de su *yo*, no reciben execración tan extrema ni Monfort ni Torquemada; se comprende mejor á Maquiavelo, brilla más la gloria de Copérnico, es exaltado Galileo y Bruno y acogidos en el santuario de la historia Bauer y Renan, y es que brilla el sol de justicia que «*se ha elevado detrás del Partenón*», símbolo de la cultura humana.

HORACIO H. URTEAGA.

XI-1906.

(2) *Lord. Macaulay.—Crítica sobre Maquiavelo.*

El Angelus

ANTE EL FAMOSO CUADRO DE MILLET

A MI HERMANA MERCEDES, EN QUITO.

Tal como el aldeano que se inclina
al escuchar la vibración lejana
con que rasga los aires la campana
de una ermita que el alma se imagina;

De mi vida en la tarde que declina
oigo sonar de la tristeza humana
la ronca esquila, que en llamar se afana
del dolor á la raza peregrina;

Me descubro, y oyente visionario
de los rumores que al llegar la noche
pueblan el campo extenso y solitario;

De hundirme para siempre busco el modo,
sin una queja inútil ni un reproche,
en las tinieblas que lo invaden todo!

N. A. GONZALEZ.

Buenos Aires, 1906.

A los bomberos del Guayas

Generosa y altiva Patria mía,
tu noble corazón sea del bomboro,
que acude audaz con voluntad de acero
á salvarte en tus horas de agonía.

Y en tanto aguarda en recompensa el día
en que te haga feliz Dios jnsticiero,—
cada laurel que alcanza en su sendero
quebranta nna vez más tu suerte impía.

Oh, invencible Falange de inmortales
que arrostras—sin temblar—el sacrificio,
jamás tus glorias las deslustre el vicio!....

Y al registrar la Patria en sus anales
sublimes rasgos de tu amor profundo,
¡que tanta heroicidad deslumbre al mundo!....

DOLORES SUCRE.

Guayaquil, Octubre de 1906.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Orgullo de cacique

TRADICION

El naufragio del vapor de guerra *Rímac* el 1º de marzo de 1855, en los arrecifes de la punta San Juan, llevó al tradicionista de este libro que ha escrito después de andar tres días entre arenales pasando la pena negra, al pueblecito de Acarí. Aquel naufragio no fué al principio gran catástrofe; pues de novecientos que eramos entre tripulantes del buque, pasajeros y un batallón de infantería que, con destino á Islay se había embarcado, no excedieron de doce los ahogados en el mar. Pero cuando, congregados en la playa nos echamos á deliberar sobre la situación, y nos encontramos sin víveres ni agua, y nos convencimos de que para llegar á poblado necesitábamos emprender jornada larga, sin mas guía que la providencia, francamente que los pelos se nos pusieron de punta. Acortando narración baste decir que la sed, el hambre, el cansancio y la fatiga dieron cuenta de ochenta y seis náufragos, y que los que, por vigorosos ó afortunados logramos llegar á Chaviña, Chocavento ó Acarí, más semblanza teníamos de espectro que de humanos seres. Fué entonces cuando oí relatar á un indio viejo la tradición que van ustedes á leer, y de la cual habla también incidentalmente, Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios Reales*.

Entre los caciques ds Acarí y de Atiquipa, que nacieron cuando ya la conquista española había echado raíces en el Perú, reinaba en 1574 la más encarnizada discordia, á punto tal que sus vasallos se rompían la crisma, azuzados, se entiende, por los curacas rivales.

Era el caso que el de Atiquipa no se conformaba con que las fértiles lomas estuviesen bajo su señorío, y pretendía tener derecho á ciertos terrenos en el llano. El de Acarí contestaba que desde tiempo inmemorial, su jurisdicción se extendía hasta la falda de los cerros, y acusaba al vecino de ambicioso y usurpador.

La autoridad española que no podía consentir en que el desorden aumentara en proporciones, se resolvió á tomar cartas en la querella, amén de que el poderío de los caciques más era nominal que efectivo; pues á la política de los conquistadores convenía aún dejar subsistentes los cacicazgos y demás títulos colorados, rezagos del gobierno incásico.

El corregidor de Nazca mandó comparecer ante él á los dos caciques, oyó pacientemente sus cargos y descargos, y los obligó á prestar juramento de someterse al fallo que él pronunciara.

Dos ó tres días después sentenció en favor del cacique de Acarí y dispuso que, en prueba de concordia, se celebrase un banquete al que debían concurrir los indios principales de ambos bandos.

El de Atiquipa disimuló el enojo que le causara la pérdida del pleito; y el día designado para el banquete de reconciliación, estuvo puntual, con sus amigos y deudos, en la plaza de Acarí.

Había en ella dos grandes mesas en las que se veía enormes fuentes con la obligada *pachamanca* de carnero y no pocas tinajas barrigudas conteniendo la saludable *chicha de jora*, mil veces preferible, en el gusto y efectos sobre el organismo, á la amarga y abotargadora cerveza alemana.

Ocupó una de las mesas el vencedor con sus amigos, y en la fronteriza tomaron asiento el de Atiquipa y los suyos.

Terminada la masticación, humedecida, por supuesto, con frecuente libaciones, llegó el momento solemne de los brindis. Levantóse el de Atiquipa, y tomando dos *mates* llenos de chicha, avanzó hacia el de Acarí y le dijo:

—Hermano, sellemos el pacto, brindando porque solo la muerte sea poderosa á romper nuestra alianza.

Y entregó á su antiguo rival el mate que traía en la derecha.

No sabré decir si fué por aviso cierto ó por sospecha de una felonía por lo que, poniéndose de pie el de Acarí, contestó mirando con altivez á su vencido adversario:

—Hermano, si me hablas con el corazón, dame el mate de la izquierda, que es mano que al corazón se avecina.

El de Atiquipa palideció ligeramente; mas fuese orgullo ó despecho al ver abortada su venganza, repúsose en el instante y con pulso sereno pasó el mate que el de Acarí le reclamara.

Ambos apuraron el confortativo licor; más el de Atiquipa, al separar sus labios del mate, cayó como herido por un rayo.

Entre el suicidio y el ridículo de verse nuevamente humillado, por su adversario, optó, sin vacilar por el suicidio, apurando el tósigo que traía preparado para sacrificar al de Acarí.

RICARDO PALMA.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

NAVAJAS Y CHAVETAS

CRONICA LIMEÑA 1771

I

Realistas, y de los mejores, fueron, en la época del Virreinato los zapateros y rapabarbas, y gente temible por lo del arma blanca, como que, con la chaveta aquellos y con las navajas éstos, eran tenidos por capaces de rebanar el cuero y abrir ojales en el pellejo del más valentón y atrevido prójimo.

Zapateros y barberos formaron la distinguida compañía *la coronela* del regimiento de infantería de la Ciudad de los Reyes que comandaba el señor coronel don Antonio Blas Tuñoque, y zapateros y barberos quedaron constituídos en compañía del regimiento de caballería de la ciudad de Lima, bajo el nombre *la Voluntaria* y al mando del capitán de caballos don Lucas de Vergara Pardo y Rosas en el año de 1763.

Privilegios y *franquezas* obtuvo *la Voluntaria*, del Excelentísimo señor Virrey don Manuel de Amat y Junyent.

Título impreso de un cabo de escuadra tengo á la vista, firmado por el capitán Vergara Pardo y Rosas y sellado con el escudo de sus armas, en que constan, además de los títulos de la creación de la *compañía*, sus excepciones y privilegios, que textualmente copio en seguida:

«Que la compañía ha de quedar perfectamente erigida con el título de *Voluntaria*, y con obligación de uniformarse á su costo en cualquier otro acontecimiento que pueda sobrevenir, vistiendo perpetuamente la librea de su creación, además de *banda azul*, para que así se distinga de las demás compañías milicianas».

«Que no han de ser gravados [como los demás milicianos de las compañías de la ciudad y sus contornos], á salir á fiestas, alardes, marchas y otras funciones dentro del año á que suelen precisarles; si no es de orden del superior gobierno, comunicada al capitán de esta compañía».

«Que han de gozar los soldados en todo tiempo el fuero y privilegio de tropa arreglada, para cuyo efecto han de estar siempre instruyéndose en el manejo de las respectivas armas, cuando su capitán los llamare para ello».

«Que para cualquier lance ó acontecimiento que se haga á esta ciudad, han de estar prontos y expeditos con sus armas y caballos para que se les dé la orden y destino que convenga por el superior gobierno ó su capitán».

«Que las justicias ordinarias no conozcan de sus causas, civiles y criminales, sino el tribunal que corresponde á los militares de tropa arreglada».

«Que su capitán, ha de requerirlos cuando le pareciere conveniente para saber el estado de las armas y su actual ocupación, á fin de que por ningún pretexto puedan ausentarse de esta ciudad sin expresa licencia de su capitán, constándole el justo motivo».

No eran pocas las gollerías de barberos y zapateros.

Aun en 1825, después de que Sucre y sus valientes pusieron el punto final á la dominación española en Sud América, sobre el glorioso campo de Ayacucho, zapatero hubo que por las calles de Lima gritaba á voz en cuello que había llegado el último día de la patria.

Conducido al cuartel, el muy tuno confirmó el hecho, pero refiriéndolo á su propia persona, por que habiendo celebrado la independencia durante varios días, ese era el último para él, pues que volvía, desde el siguiente, formal y tranquilo á su trabajo.

II

De los Bodegones se llamaba la calle que con la de Judíos forma ángulo, y cuyo vértice era la esquina nombrada «del jamón».

El origen de este nombre «Bodegones», es bastante prosaico, pues lo adquirió la calle así llamada de los lugares en que se guisaba y vendía comida á forasteros y verduleras. Los había y muchos, cosa natural si se tiene en cuenta que la plaza de armas era también la de abastos de nuestros abuelos.

Hacia el año 1771 tenían grandes tiendas de zapatos en esa calle, y de lo fino, los maestros Francisco Delgado y Joseph León.

Era Delgado, soltero impenitente, muy amigo de faldas, y hasta feliz en aventuras, pues si le faltaba un ojo le sobraban los de buey que gastaba en faldellines, corpiños y cintajos, por los que las mujeres se dejan llevar, pues que son de seda y dizque ellas gustan que las manejen con hebras de *eso*.

Los dos maestros pertenecían á la compañía de infantes *la coronela*, y por que se cambiaron las capas, después de los ejercicios militares en la plazuela de nuestra Señora de Monserrate, ó por que Delgado miraba á León, maliciosamente, con su ojo único, ó por cualquier cosa, armaban soberanas grescas, y de aquí lo de «perro maldito», «tuerto del diablo» y lo demás deducido, digo.

Pues nada de eso era cierto. La verdadera causa de su inquina estaba en que León tenía por legítima consorte á Victoria Villafranca, moza fresca y zandunguera, que ni una vez había aceptado el ofrecimiento de Delgado, de llevarle la cola, cuando barría con ella las veredas en los días de fiesta, camino á la iglesia de la Compañía.

Cosa del diablo sería ó de algún abogado, compañero mío. (¡Dios se lo haya perdonado!). A Delgado se le ocurrió que iniciando un juicio criminal á León y largándolo luego á la cárcel de Corte, la zapaterita iría sola.

Declaración va, declaración viene, León cayó en el garlito.

Fué esto como tocar zafarrancho de combate, Se alborotó el gremio, las lesnas y agujas criaban moho, callaron los martillos y chairas, las hormas descansaban tranquilas en sus anaqueles y hasta los tirapiés se enroscaban en los rincones, como si hubieran tocado á muerto.

Armados con sus chavetas, maestros, oficiales y aprendices, recorrían las calles, divididos en bandos, como ciudadanos en vísperas de elecciones populares, y el juicio seguía hasta que, al fin, llegó el fal o del juez, pues hasta una sentencia llega, aunque sea á los cien años.

El señor don Félix de Encalada Tello de Guzmán, corregidor y justicia mayor del pueblo de Santiago del Cercado y su jurisdicción, por su majestad, condenó á Delgado en las costas del juicio, y, lo que era peor, á mudar de casa é irse con los zapatos á otra parte, á fin de que dejara tranquilas á mujeres casadas y doncellas casaderas.

A mí con esas, dijo Delgado: nones! Que apelo á la Real Audiencia, y no me mudo.

Y el pleito continuó, y la división de zapateros en bandos, lo mismo; y habría seguido, qué sé yo hasta cuando, si Delgado no hubiera perdido el otro ojo, y si Victoria no se hubiera largado con un buen mozo, teniente de caballería.

Aníbal GALVEZ.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

EN SINGAPUR

EL PARAISO DE LOS CHINOS

Mejor que en Pekín, los que estudian el peligro amarillo, podrían, en esta isla ecuatorial, darse cuenta relativamente exacta de lo que la raza china, una vez educada según los métodos occidentales, logrará hacer. Aquí, en efecto, el fantasma que Guillermo II vió en sueños, se convierte en realidad. Pero esta realidad no es igual á la visión. El Budha armado, el gran tártaro conquistador, cubierto de puñales y de sables cual un samurai de abanico: el hombre gesticulador que galopa en el caballo flaco de Gengis Khan, resulta, cuando se le ve cerca, un simple obrero ó un apacible negociante. El peligro es pacífico. No amenaza los puertos de guerra, sino los puertos comerciales. Sus naves, en vez de cañones, llevan fardos de sedas, de lacas, de porcelanas, de esencias; y pronto llevarán también cargamentos de lanas y algodones, de carbón y de hierro, de drogas y cristales, de joyas y adornos, de granos y bebidas, de todo lo que la tierra y la industria produncen, en fin. Se trata, tal vez, de pocos años. Pero esto no debiera sorprender á los europeos. ¿Acaso no son ellos los que se han empeñado en educar á ese inmenso pueblo que antes vivía contento en su retiro? Después de abrir brechas á cañonazos en la gran muralla, han exigido que se les permita traficar. Han fundado bancos, almacenes, depósitos, compañías, vías férreas, fábricas. Los chinos, en un principio, rieron. «Comprendo muy bien lo que es un camino de hierro—decía un ministro amarillo á lord Curzon—pero nuestros coches antiguos hacen lo mismo con mayor calma, por lo cual nos parecerán siempre preferibles». *Siempre* era mucho decir. Después de las sonrisas irónicas, el examen serio ha comenzado. Unos veinte millones de chinos tienen ya nociones vagas de progreso moderno. Poco á poco, gracias á la sutileza de la raza, los problemas religiosos que hoy se oponen al adelanto, irán resolviéndose, y entonces las leyes que prohiben construir edificios de más de noventa y nueve pies de altura para «no impedir el libre vuelo de los espíritus aéreos», ó clavar clavos en el suelo para «no herir á los dragones subterráneos» caerán en desuso.

En general, esos hombres amarillos no son ni místicos, ni fantaseadores, ni quiméricos. Sus mejores cualidades son el sentido de las cosas prácticas, la resistencia para el trabajo, la honradez en el negocio, la perfecta cortesía y más aún el genio asimilativo. Todo el mundo conoce la anécdota del sastre cantonés. Un europeo le lleva un traje lleno de remiendos y de manchas, como muestra. Al cabo de tres días el sastre le trae el vestido nuevo, y el europeo ve con asombro que, no sólo es una imitación exacta como corte, sino que también tiene los mismos remiendos y las mismas manchas que el modelo. De un modo menos caricaturesco, los que ven trabajar á doscientos mil chinos de Singapur, dicen lo mismo, en multitud de ejemplos y de historietas.

☆

Ni necesidad hay, para comprender lo que en Singa- representa la raza amarilla de una larga estancia y de un profundo estudio. Unos días de turismo bastan. Esos hoteles suntuosos en los cuales nos alojamos; esos restaurants admirablemente servidos; esas tiendas limpias, bien surtidas, bien ordenadas; esos bancos en donde cambiamos nuestros oros europeos por dólars asiáticos; esas agencias activas; esas fábricas, esos talleres, lo que es vida, lo que es trabajo, lo que es riqueza, pertenecen á los chinos. El mocetón moreno, robusto, de piernas de atleta y de torso de Apolo, que brota, casi desnudo, arrastrando el cochecillo en que nos paseamos, es chino. ¡Qué diferencia entre él y los celestes de las estampas! Fuerte y ágil, es una respuesta viva á los que hablan de degeneración física de la especie. En los bars y en los cafés, otros chinos ceremoniosos y atentos nos sirven con un tino que el más orgulloso *maitre d' hotel* francés podría envidiar. La comida, hecha por un cocinero chino, es excelente. En las tiendas, todas chinas, lo primero que sorprende es el precio: un traje vale treinta francos—un traje fino, de paño ligero; las sederías menos aún, en proporción. ¡Y qué altiva elegancia en el modo de vender! Los dependientes os dejan ver y tocar, y comprar, sin irritaros con esa sempiterna charla reclamista que los vendedores parisienses parecen haber aprendido de los judíos africanos. Si no compráis nada, ningún signo exterior revelará el menor disgusto. Siempre cortés y cortesano, el hortera amarillo os acompañará sonriendo, hasta la puerta. En los talleres, en las fábricas, una actividad de colmena reina, y en la Bolsa hay tal movimiento, que ni Nueva York podría dar á esta ciudad lecciones de fiebre de oro. El instinto de jugadores que hace de los chinos pobres, en sns ciudades natales, esclavos de la lotería, lanza aquí á los chinos ricos en combinaciones estupendas de agio. Un europeo que vive en Singapur, escribe: «Los chinos tienen el genio de los *placement*. En cuanto consiguen, trabajando de cualquier manera, unos centenares de pesetas, los colocan, no con la prudencia de un padre de familia, sino con la audacia de un financiero de raza. Todas las ramas le sirven. Un sastre, especula con el arroz y un vendedor de abanicos se interesa en las minas de diamantes del Brasil. El paso, que es tan difícil en Europa, entre el pequeño y el grande comercio, los chinos lo dan con la más natural soltura. El mismo hombre que en su tenducha acaba de contar los fósforos de mil cajas, ó que se ha pasado la vida pesando manteca, llega, de pronto á convertirse en gran bolsista. Este chino banquero es el que por las tardes se pasea, en victorias dignas del Bosque de Bolonia, por las alamedas siempre verdes de las inmediaciones de Singapur. Su rostro afeitado indica astucia y satisfacción. Su traje, sin ser europeo, no es tampoco asiático. El sombrero de Panamá ó de paja de Siam, da sombra á los ojos. Por el cuello, algo abierto, del pijama de paño finísimo, adviértese la camisa inglesa y la corbata parisiense. El pantalón es de lino blanco; y los zapatos, de charol con hebilla áurea. Le trenza misma, la trenza sagrada, apenas aparece, levantada bajo el sombrero, sino como una coleta de torero. Sólo las maneras son siempre chinas, es decir ceremoniosas, urbanas, rebuscadas y algo teatrales. ¡Oh, las inclinaciones de cabeza y las sonrisas beatas! Pero eso es exterior. El fondo es menos asiático y á veces no es nada asiático. Viviendo fuera del suelo natal, lejos de las influencias tradicionales, los celestes, desde el que arrastra un puspús hasta el que tiene un cochero alemán, un ayuda de cámara inglés y un cocinero francés, todos admiten la necesidad de adoptar los métodos occidentales que, que á pesar de su grosería y de su ridículo, ofrecen grandes ventajas prácticas.

☆

Un chino que enseña francés á los hijos de un banquero de Singapur, nos decía:

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

—En el fondo no somos, ni hemos sido nunca, enemigos de los progresos materiales. En el cultivo de la tierra, todo el mundo sabe que estamos más adelantados que los países de Europa. Nuestras provincias del litoral y del valle de Yang-tse-Kiang, son más pobladas que Bélgica y producen más que las mejores tierras del norte, gracias á nuestros sistemas intensivos de cultivo. Nada sería, pues, más fácil, disponiendo cual disponemos de mano de obra abundante, que aceptar los métodos industriales europeos. Pero los pueblos conquistadores, Inglaterra y Francia sobre todo, han sido siempre tan rudos en sus exigencias, que el pueblo, ignorante y animado por la clase mandarina, verá aún durante mucho tiempo con recelo todo que proceda de occidente. Nuestros verdaderos conservadores son los mandarines, los malditos mandarines.

Y para probarnos que su odio es legítimo, el ardiente profesor amarillo nos explica el mecanismo gubernativo de las diez y ocho provincias imperiales.

—Figúrese usted —nos dice—que Francia estuviese administrada por académicos, pero no de la Academia de inscripciones y bellas artes. Porque nuestros mandarines y nuestros funcionarios todos, sin la menos excepción salen de las escuelas de humanidades y se han distinguido en los exámenes oficiales. El pueblo los cree sabios. Ellos se creen á sí mismos infalibles, pues, poco á poco, aun siendo inteligentes por naturaleza, llegan á atrofiarse el cerebro y á no pensar sino con fórmulas de antigua filosofía. No es para menos. Durante años y años, estudian día y noche los libros clásicos de Confucio y de sus discípulos, así como los caracteres de la escritura docta. Estos caracteres son unos 60,000, todos á cual más complicados. Cada uno representa, no un sonido, sino una idea y así, por ejemplo, el signo «puerta» se parece al signo «entrar». En general, un chino medianamente instruido, conoce mil caracteres, que es lo suficiente para escribir la lengua moderna. Pero un mandarín de primera clase, de la clase de los gobernadores, tiene que saber veinte mil signos. Los exámenes primeros versan sobre esto y duran tres, cuatro y hasta seis días, durante los cuales el candidato, encerrado en una celda estrechísima, escribe, sin cesar, en largas bandas los jeroglíficos tradicionales. Después de este examen, se verifica el de letras y filosofía, ó sea los comentarios á los libros morales y religiosos. Los examinadores dicen: «¿Qué es lo que se encuentra escrito en el libro tal en la página cual?» ó «¿Cuántas veces Confucio emplea el signo «bondad» en su discurso sobre la condición humana?» Los examinandos tratan de citar de memoria lo más posible cuando la pregunta es filosófica, y para responder á un sabio que los interroga sobre los dragones protectores del pueblo, repiten, sin ayuda de textos, lo que escribieron hace tres mil años los doctores consagrados. Ultimamente un virrey de Nankin, imbuído en ideas modernas, ordenó á los examinadores que introdujeran en los estudios superiores la astronomía y que en los exámenes del alto grado hicieran algunas preguntas sobre esta ciencia. ¿Quiere usted saber lo que preguntaron al año siguiente los doctores? Oiga usted: «¿Por qué en los libros de Confucio el signo que representa la luna está cerrado en su parte inferior, mientras el signo que indica el sol está abierto?» Esto fué todo. Y el virrey, ante quien se verificaron los exámenes, no pudo menos que llorar de entusiasmo oyendo las citas relativas al cielo, á los astros y á los aires, que los candidatos habían aprendido en los libros antiguos. En lo demás, sucede lo mismo. Las letras clásicas lo deforman todo, lo modifican todo. En los tratados milenarios de moral, encuéntranse razones para oponerse á la menor reforma. En cuanto el pueblo principia á modificar su industria ó su comercio, el mandarín consulta sus textos y hace oir las voces de los antepasados. El fanatismo por los muertos es general. Por no oponerse á la voluntad de sus abuelos, un chino se somete á cualquier régimen. Su verdadera patria es el cementerio. El país, como gran cuna de la raza, le es indiferente. Más que amor, hay antipatía entre provincia y provincia. Además, no hablando la misma lengua, cada comarca conserva su carácter, y un hombre de Cantón, por ejemplo, se siente extranjero en Pekín. Lo único que que los une es la fe común y la común idea de la protección de los muertos. Fíjese usted que cuando un mandarín quiere impedir que se construya un ferrocarril, lo primero que dice es que va á turbar el reposo de los cementerios. En el acto el pueblo se muestra hostil. Así, pues, mientras los chinos estén dominados por rutinarios idólatras de viejos textos, no harán grandes progresos, á pesar de ser, en el fondo, mucho más inteligentes y mucho más activos que los europeos.

☆

En otra ciudad, es probable que las últimas palabras del profesor de francés nos habrían hecho sonreir. Aquí no. Viendo á los celestes mostrarse superiores á todos los que habitan en Singapur, he llegado á preguntarme si realmente los hombres de esa raza prolífica y sobria que fué en remotas edades la primera del mundo, no conservarán aún, adormecidos por el opio de la rutina, las mismas cualidades que hicieron su pasada grandeza. Al lado de ellos, los indos parecen frágiles figulinas de bronce y los malayos enormes figuras sin voluntad. ¡Pero, qué digo! Los ingleses mismos, que son políticamente los señores del país, declaran que el negocio, el trabajo, la vida, el movimiento, el progreso, están en manos de los chinos. Organizados á la europea, los celestes han hecho en el manejo del oro, lo mismo que los japoneses en el manejo de las armas. Han sobrepujado á sus maestros. De sus mismos vicios esenciales, como el amor al juego, han sacado virtudes de especulación bancaria. La La disciplina social que los une no tiene nada que envidiar á la que, en los campos de Manchuria, da la victoria á sus hermanos nipones. El poder asimilativo de sus inteligencias, en fin, les permite competir con los más fieros industriales del mundo.

Hace años, un cónsul alemán notó que con dos ó tres docenas de cualquier artículo, bastaba para llenar la gran ciudad de Singapur. Los billares, los mostradores de bar, los tiros al blanco, todo lo visible, decía «made in Germany» y presentaba los caracteres de la manufactura tudesca. Sin embargo, aquello era el perpetuo milagro de los panes y los peces. Los billares venidos de Hamburgo en realidad, no llegaban á veinte, y los que se veían en los cafés pasaban de ciento. Un chino, al fin, le sacó de cavilaciones, llevándolo á visitar una manufactura. En su respeto del modelo, los imitadores amarillos no omitían ni aun la marca de fábrica. Pues bien: este caso es aquí universal. Las fábricas abundan. Un objeto cualquiera, basta para que operarios habilísimos fabriquen millares idénticos. Si pensamos en la abundancia y en la inteligente modestia de los grandes negociantes chinos que saben contentarse con beneficios pequeñísimos para asegurarse la lealtad de los mercados, tendremos una idea justa de lo que es el verdadero peligro amarillo. Los cien millones de soldados cubiertos de armaduras que los visionarios contemplan con espanto en un porvenir pavoroso, serán, realmente, cien millones de obreros. Ya los chinos de Hong-Kong, de Shanghai, de Takú y de las concesiones internacionales, trabajan y se organizan. La agricultura misma, que es poderosa, tiene empeño en que se adopten ciertos adelantos, como el alumbrado eléctrico, para que las tierras hoy sembradas de colza y de otras materias que producen el aceite, puedan convertirse en arrozales ó en sementeras. En las llanuras del Hunán, bastante cerca de ciudades populosas, se comienza á explotar minas de carbón que, bien trabajadas, podrán un día mover centenares de maquinarias. De la costa, la idea de la industria va abriéndose senderos hacia el interior. Pero, hasta hoy, lo único que puede servirnos para estudiar á los chinos transformados, europeizados, llenos de actividad y de robustez,

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

es Singapur. La raza misma, aquí trasplantada, parece cobrar energía física á los pocos años. «¡Es el aire sano de la vida sin mandarines!»—dice el profesor. Y eso debe ser, en efecto, pues climatológicamente cualquier comarca del Celeste Imperio es paradisíaca, si se compara con este horno. Además del cuerpo, el espíritu florece, la voluntad se vigoriza, el sentido práctico, ya tan sutil en todos los asiáticos, se ahonda. El sistema sindical, por ejemplo, es aquí bastante perfecto para que un publicista europeo haya creído que no era inútil estudiarlo y darlo á conocer en centros de trabajo como París, Londres y Hamburgo. «Las mil formas de la asociación - dice—que nuestras ciudades activas han visto florecer últimamente, son clásicas en Singapur. El sindicato es una necesidad para los chinos trabajadores. Los «boys» ó criados, poseen el suyo, muy poderoso, y cuando uno de los socios tiene alguna queja formal contra su amo, éste, *boycoteado*, no logra otro doméstico. Y si esto existe entre los más humildes, figuraos cómo se organizarán los que, trabajando en talleres, forman la aristocracia del proletariado. Las mismas sociedades secretas, que en el imperio chino son organismos religiosos ó políticos, conviértense, en la gran ciudad obrera, en mecanismos de prosperidad. Hay francmasonerías de cada cuerpo de edificio, en las cuales se discuten los intereses del gremio. Algunas sociedades, protegidas por los banqueros, organizan cursos técnicos. Porque la solidaridad china no es una frase, sino un hecho. Los pobres culíes que acaban de desembarcar muertos de hambre, hallan en el acto pan, el pan de cada día, y la estera para dormir. Los ricos dan prestado á los modestos y los modestos mantienen á los miserables. «Si un día fuera posible una reforma del mandarinato y nuestra patria nos ofreciese las mismas garantías de libertad de trabajo—nos dice el profesor de francés—todos los chinos volveríamos á la China, llevando nuestra experiencia y nuestros capitales». Ese día, el peligro amarillo será una realidad. Ese día, la más vasta, la más formidable democracia obrera, habrá declarado la guerra á la industria occidental. Los celestes que están dispersos en las ciudades protegidas ó administradas por europeos en Extremo Oriente, bastarían á reclutar y á disciplinar el gran ejército. Contadlos. En Singapur hay cerca de 200,000: en Cholón, 100,000: en Bangkok 60,000: en Manila, 60,000..¿Y en Shanghai?..¿Y en Hong-Kong?.. El cálculo de un millón de conocedores de los adelantos modernos y ávidos de ganar dinero explotando los recursos de su propia patria, no es exagerado—al contrario.

ENRIQUE GOMEZ CARLILLO.

El profesor Moses

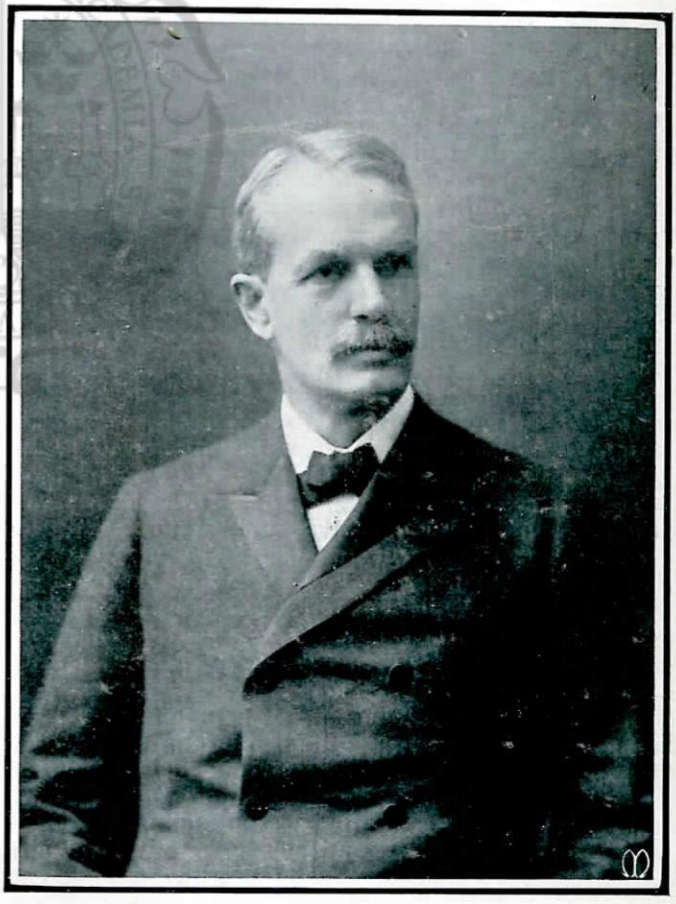
EL profesor Bernard Moses de la Universidad de California, EE. UU. cuyo retrato publicamos en este número, estuvo de tránsito, en gira de estudio, entre nosotros durante más de cuatro semanas y ha seguido á Bolivia y Chile para después pasar á los países del Atlántico y completar materiales para un libro sobre el gobierno colonial en Sud América.

Dedicado á las ciencias políticas y principalmente á su historia, contribuyó á implantar el sistema que rige en las Filipinas por encargo del gobierno en una comisión compuesta de profesores, como él, de diferentes universidades, y de personajes políticos.

Sus escritos revelan al hombre de ciencia afiliado á la escuela histórica y profundamente democrática. En el muy notable que publicó en la Revista Universitaria del mes pasado sobre la Democracia en Estados Unidos, explica siguiendo esos rumbos, el orígen del predominio y acrecentamiento de ese sistema en su patria, y deduce de las condiciones sociológicas especiales á ese gran pueblo que su gobierno actual es resultado natural y no imposición pasajera de una clase ó colectividad superior dirigente.

El profesor Moses se conquistó, además, la simpatía de nuestros mejores centros literarios por la claridad de sus juicios y su culto espíritu de observación.

Su próximo libro contendrá, lo esperamos, provechosas enseñanzas para nosotros y otros países sud-americanos.



PROFESOR MOSES Foto. Moral

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

ROSALINDA

De "Rosas Paganas".

En el fresco paisaje de una risueña Arcadia
su desnudez divina fulgor, de perla irradia.

Desde el azul féerico enorme Sagitario
asaetea las frondas del bosque milenario.

Mientras su propia imagen Narciso en la encantada
fuente contempla, ríe burlona una Hamadriada.

Los sistros y siringas de Filis y Silvanos
en dulce langor brotan sus trémolos lejanos.

Sus manos entrelazan, sonriendo deliciosas
las tres Gracias ceñidas de mirtos y de rosas.

En rayos de oros fluidos envuelven formas únicas
sus largas cabelleras como suntuosas túnicas.

Sus menudos espejos en torno á un girasol
convierte en acericos el declinante sol.

Hacia el hendido tronco de corpulenta encina
encantadora Driada ligera se encamina.

Y dentro dél guarece su hermosura gentil,
huyendo la caricia de un Sátiro senil.

La diosa de las flores—por mágica virtud—
entre Amorcillos paea su eterna juventud.

La boca ideal de Cloris el Céfiro acaricia,
aspirando su aliento fragante con delicia.

Es la fiesta de Flora. Sobre el verde esmeralda
del campo florecido deshoja su guirnalda
la bellísima joven, y al són de los panderos
en danza alegre ritma sus brazos hechiceros.

Bajo el verdor eclógico y sobre su cayado,
el dios Pan una linda zagala ha cautivado,

tocando en la zampoña un aire melancólico
de agreste melodía y de frescor bucólico.

Descansa una Hebe púdica inmóvil sobre un plinto
con las sienes orladas de nardo y de jacinto.

En sus tirsos se apoyan, gustados los excesos,
con sus grotescas máscaras los Sátiros obesos.

Bailaron ante Venus y un séquito jovial,
entre festivo coro de risas de cristal.

Las Náyades y Ondinas á flor de agua se mecen
y un haz de grandes lirios ingrávidos parecen.

En oculto remanso de rumorosas linfas
se ven surgir los torsos rosados de las Ninfas.

Por entre tules de hojas los Faunos y Silenos
clavan sus ojos lúbricos en emergentes senos.

Un susurro de risas y de crugir de frondas;
después vaga el Silencio sobre las muertas ondas.

José FIANSON.

Barranco, Noviembre 24 de 1906.

IQUITOS

UNA DE LAS FINCAS MAS VALIOSAS

PROPIEDAD DEL SEÑOR LUIS F. MOREY



† Contralmirante Bernabé Carrasco

Hombre de mar completo, así por los conocimientos teóricos como por su temerario arrojo en la lucha, el nombre de Bernabé Carrasco está ligado á hechos bastante famosos en el Perú.

Los primeros cañonazos del «Huáscar», los que despertaron la atención del mundo, en la rada de Pacocha el 29 de Mayo de 1877, por su audacia en resistir á la intimación de la escuadra inglesa, fueron cañonazos disparados por Bernabé Carrasco desde el pequeño monitor peruano que inició con ese combate, la no igualada historia de sus hazañas en el Pacífico.



CONTRALMIRANTE Sr. BERNABE CARRASCO
Foto. Garreaud

Duerma en paz el noble marino, el consecuente servidor de la patria, el hombre de mar á quien todos vieron sonriente en medio de los mayores peligros, y que deja imperecedero recuerdo en el alma de sus amigos.

Universidad del Perú. Biblioteca de Ciencias

Palomas blancas y garzas morenas

Mi prima Inés era rubia como una alemana. Fuimos criados juntos, desde muy niños, en casa de la buena abuelita que nos amaba mucho y nos hacía vernos como hermanos, vigilándonos cuidadosamente, viendo que no riñésemos. Adorable, la viejecita, con sus trajes á grandes flores, y sus cabellos crespos y recogidos como una vieja marquesa de Boucher!

***

Inés era un poco mayor que yo. No obstante, yo aprendí á leer antes que ella; y comprendía—lo recuerdo muy bien—lo que ella recitaba de memoria, maquinalmente, en una pastorela, donde bailaba y cantaba delante del niño Jesús, la hermosa María y el señor San José; todo con el gozo de las sencillas personas mayores de la familia, que reían con risa de miel, alabando el talento de la actrizuela.

Inés crecía. Yo también; pero no tanto como ella. Yo debía entrar á un colegio, en internado terrible y triste, á dedicarme á los áridos estudios del bachillerato, á comer los platos clásicos de los estudiantes, á no ver el mundo—¡mi mundo de mozo!—y mi casa, mi abuela, mi prima, mi gato,—un excelente romano que se restregaba cariñosamente en mis piernas y me llenaba los trajes negros de pelos blancos.

Partí.

Allá en el colegio mi adolescencia se despertó por completo. Mi voz tomó timbres aflautados y roncos; llegué al periodo ridículo del niño que llega á joven. Entonces, por un fenómeno especial, en vez de preocuparme de mi profesor de matemáticas, que no logró nunca hacer que yo comprendiese el binomio de Newton, pensé,—todavía vaga y misteriosamente,—en mi prima Inés.

Luego tuve revelaciones profundas. Supe muchas cosas. Entre ellas, que los besos eran un placer exquisito.

Tiempo.

Leí *Pablo y Virginia*. Llegó un fin de año escolar, y salí, en vacaciones, rápido como una saeta, camino de mi casa. Libertad!

***

Mi prima,—pero Dios santo, en tan poco tiempo!—se había hecho una mujer completa. Yo delante de ella me hallaba como avergonzado, un tanto serio. Cuando me dirigía la palabra, me ponía á sonreirle con una sonrisa simple.

Ya tenía quince años y medio Inés. La cabellera dorada y luminosa como el sol, era un tesoro. Blanca y levemente amapolada, su cara era una creación murillesca, si veía de frente. A veces, contemplando su perfil, pensaba en una soberbia medalla siracusana, en un rostro de princesa. El traje, corto antes, había descendido. El seno, firme y esponjado, era un ensueño oculto y supremo; la voz clara y vibrante, las pupilas azules, inefables; la boca llena de fragancia de vida y de color de púrpura. Sana y virginal primavera!

La abuelita me recibió con los brazos abiertos. Inés se negó á abrazarme, me tendió la mano. Después, no me atreví á invitarla á los juegos de antes. Me sentía tímido. Y qué! ella debía sentir algo de lo que yo. Yo amaba á mi prima!

Inés, los domingos iba con la abuela á misa, muy de mañana.

Mi dormitorio estaba vecino al de ellas. Cuando cantaban los campanarios su sonora llamada matinal, ya estaba yo despierto.

Oía, oreja atenta, el ruido de las ropas. Por la puerta entreabierta veía salir la pareja que hablaba en voz alta. Cerca de mí pasaba el frufrú de las polleras antiguas de mi abuela, y del traje de Inés, coqueto, ajustado, para mí siempre revelador.

Oh, Eros!

***

—Inés.....

—.....?

Y estábamos solos, á la luz de una luna argentina, dulce, una bella luna de aquellas del país de Nicaragua!

Le dije todo lo que sentía, suplicante, balbuciente, echando las palabras, ya rápidas, ya contenidas, febril, temeroso. Sí! se lo dije todo: las agitaciones sordas y extrañas que en mí experimentaba cerca de ella; el amor, el ansia; los tristes insomnios del deseo; mis ideas fijas en ella, allá en mis meditaciones del colegio; y repetía como una oración sagrada la gran palabra: el amor! Oh, ella debía recibir gozosa mi adoración. Creceríamos más. Seríamos marido y mujer.....

Esperé.

La pálida claridad celeste iluminaba. El ambiente nos llevaba perfumes tibios que á mí se me imaginaban propicios para los fogosos amores. Cabellos áureos, ojos paradisíacos, labios encendidos y entreabiertos!

Derrepente, y con un mohín:

—Ve! la tontería.....

Y corrió, como una gata alegre adonde se hallaba la buena abuela, rezando á la callada sus rosarios y responsorios.

Con risa descocada de educanda maliciosa, con aire de locuela:

—Eh, abuelita! me dijo.....

Ellas, pues, ya sabían que yo debía «decir!»

Con su reir interrumpía el rezo de la anciana que se quedó pensativa acariciando las cuentas de su camándula. Y yo que todo lo veía, á la husma, de lejos, lloraba, sí, lloraba lágrimas amargas, las primeras de mis desengaños de hombre!

***

Los cambios fisiológicos que en mí se sucedían, y las agitaciones de mi espíritu me conmovían hondamente. Dios mío! Soñador, un pequeño poeta como me creía, al comenzarme el bozo, sentía llenos de ilusiones la cabeza, de versos los labios, y mi alma y mi cuerpo de púber tenían sed de amor. Cuándo llegaría el momento soberano en que alumbraría una celeste mirada el fondo de mi sér, y aquél en que se rasgaría el velo del enigma atrayente?

Un día, á pleno sol, Inés estaba sentada en el jardín, regando trigo, entre los arbustos y las flores, á las que llamaba sus amigas: unas palomas albas, arrulladoras, con sus buches níveos y amorosamente musicales. Llevaba un traje—siempre que con ella he soñado la he visto con el mismo,—gris, azulado, de anchas mangas, que dejaban ver casi por entero los satinados brazos alabastrinos; los cabellos los tenía recogidos y húmedos, y el vello alborotado de su nuca blanca y rosa, era para mí como luz crespa. Las aves andaban á su alrededor currucuqueando, é imprimían en el suelo oscuro la estrella acarminada de sus patas.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Hacía calor. Yo estaba oculto tras los ramajes de unos jasmineros. La devoraba con los ojos. Por fin se acercó por mi escondite, la prima gentil! Me vió trémulo, enrojecida la faz, en mis ojos una llama viva y rara, y acariciante, y se puso á reir cruelmente, terriblemente. Y bien! Oh, aquello no era posible. Me lancé con rapidez frente á ella. Audaz, formidable debía de estar, cuando ella retrocedió como asustada, un paso.

—Te amo!

Entonces tornó á reir. Una paloma voló á uno de sus brazos. Ella la mimó dándole granos de trigo entre las perlas de su boca fresca y sensual. Me acerqué más. Mi rostro estaba junto al suyo. Los cándidos animales nos rodeaban. Me turbaba el cerebro una onda invisible y fuerte de aroma femenil. Se me antojaba Inés una paloma hermosa y humana, blanca y sublime; y al propio tiempo llena de fuego, de ardor, un tesoro de dichas! No dije más. La tomé la cabeza y la dí un beso en una mejilla, un beso rápido, quemante de pasión furiosa. Ella un tanto enojada, salió en fuga. Las palomas se asustaron y alzaron el vuelo, formando un opaco ruido de alas sobre los arbustos temblorosos. Yo abrumado, quedé inmóvil.

***

Al poco tiempo partia á otra ciudad. La paloma blanca y rubia no habia, ay! mostrado á mis ojos el soñado paraíso del misterioso deleite.

***

Musa ardiente y sacra para mi alma, el día había de llegar! Elena, la graciosa, la alegre, ella fué el nuevo amor. Bendita sea aquella boca, que murmuró por primera vez cerca de mí las inefables palabras!

Era allá, en una ciudad que está á la orilla de un lago de mi tierra, un lago encantador, lleno de islas floridas, con pájaros de colores.

Los dos solos estábamos cogidos de las manos, sentados en el viejo muelle, debajo del cual el agua glauca y oscura chapoteaba musicalmente. Había un crepúsculo acariciador de aquellos que son la delicia de los enamorados tropicales. En el cielo opalino se veía una diafanidad apacible que disminuía hasta cambiarse en tonos de violeta oscuro, por la parte del oriente, y aumentaba convirtiéndose en oro sonrosado en el horizonte profundo, donde vibraban oblícuos, rojos y desfallecientes los últimos rayos solares. Arrastrada por el deseo me miraba la adorada mía y nuestros ojos se decían cosas ardorosas y extrañas. En el fondo de nuestras almas cantaban un unísono embriagador como dos invisibles y divinas filomelas.

Yo extasiado veía á la mujer tierna y ardiente; con su cabellera castaña que acariciaba con mis manos, su rostro color de canela y rosa, su boca cleopatrina, su cuerpo gallardo y virginal; y oía su voz queda, muy queda, que me decía frases cariñosas, tan bajo, como que solo eran para mí, temerosa quizás de que se las llevase el viento vespertino. Fija en mí, me inundaban de felicidad sus ojos de Minerva, ojos verdes, ojos que deben siempre gustar á los poetas. Luego, erraban nuestras miradas por el lago, todavía lleno de vaga claridad. Cerca de la orilla, se detuvo un gran grupo de garzas. Garzas blancas, garzas morenas de esas que cuando el día calienta, llegan á las riberas á espantar á los cocodrilos, que con las anchas mandíbulas abiertas beben sol sobre las rocas negras. Bellas garzas! Algunas ocultaban los largos cuellos en la onda ó bajo el ala, y semejaban grandes manchas de flores vivas y sonrosadas, móviles y apacibles. A veces una, sobre una pata, se alisaba con el pico las plumas, ó permanecía inmóvil, escultural ó hieráticamente, ó varias daban un corto vuelo, formando en el fondo de la ribera llena de verde, ó en el cielo, caprichosos dibujos, como las bandadas de grullas de un parasol chino.

Me imaginaba junto á mi amada, que de aquel país de la altura, me traerían las garzas muchos versos desconocidos y soñadores. Las garzas blancas las encontraba más puras y más voluptuosas, con la pureza de la paloma y la voluptuosidad del cisne; garridas con sus cuellos reales, parecidos á los de las damas inglesas que junto á los pajecillos rizados se ven en aquel cuadro en que Shakespeare recita en la corte de Londres. Sus alas, delicadas y albas, hacen pensar en desfallecientes sueños nupciales; todas,—bien dice un poeta,—como cinceladas en jaspe.

Ah, pero las otras, tenían algo de más encantador para mí! Mi Elena se me antojaba como semejante á ellas, con su color de canela y de rosa, gallarda y gentil.

Ya el sol desaparecía arrastrando toda su púrpura opulenta de rey oriental. Yo había halagado á la amada tiernamente con mis juramentos y frases melífluas y cálidas, y junto seguíamos en un lánguido duo de pasión inmensa. Habíamos sido hasta ahí dos amantes soñadores, consagrados místicamente uno á otro.

De pronto, y como atraídos por una fuerza secreta, en un momento inexplicable nos besamos en la boca, todos trémulos, con un beso para mí sacratísimo y supremo: el primer beso recibido de labios de mujer. Oh; Salomón, bíblico y poeta! tú lo dijiste como nadie: *Mel et lac sub lingua tua.*

Aquel día no soñamos más.

***

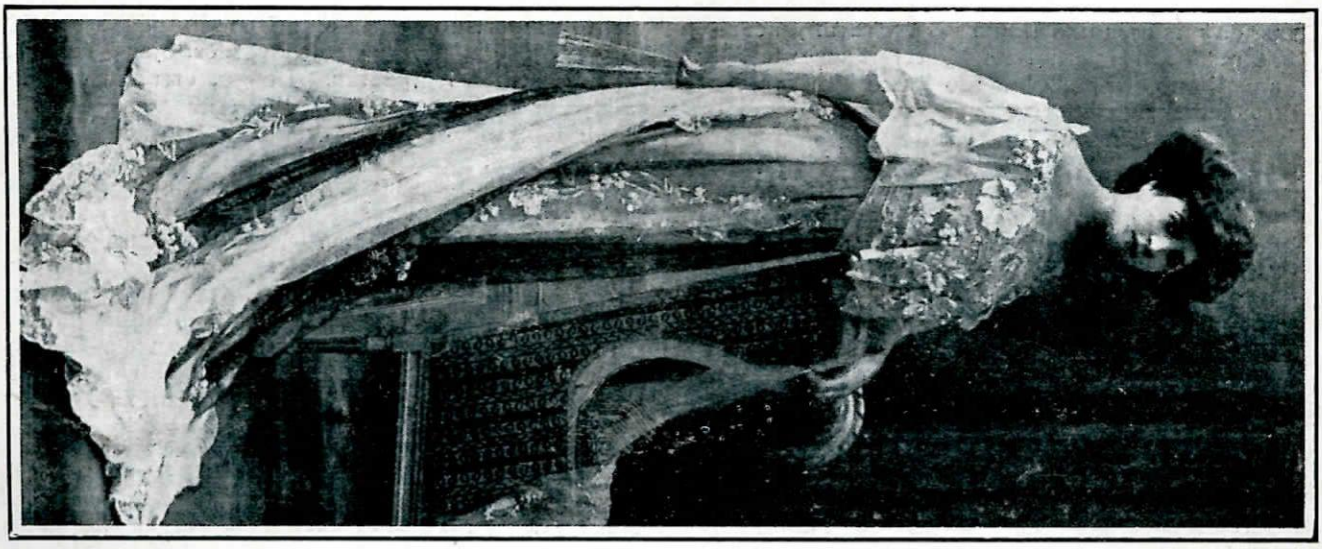
Ah, mi adorable, mi bella, mi querida gran morena! Tú tienes en los recuerdos profundos que en mi alma forman lo más alto y sublime, una luz inmortal.

Porque tú me revelaste el secreto de las delicias divinas, en el inefable primer instante del amor!

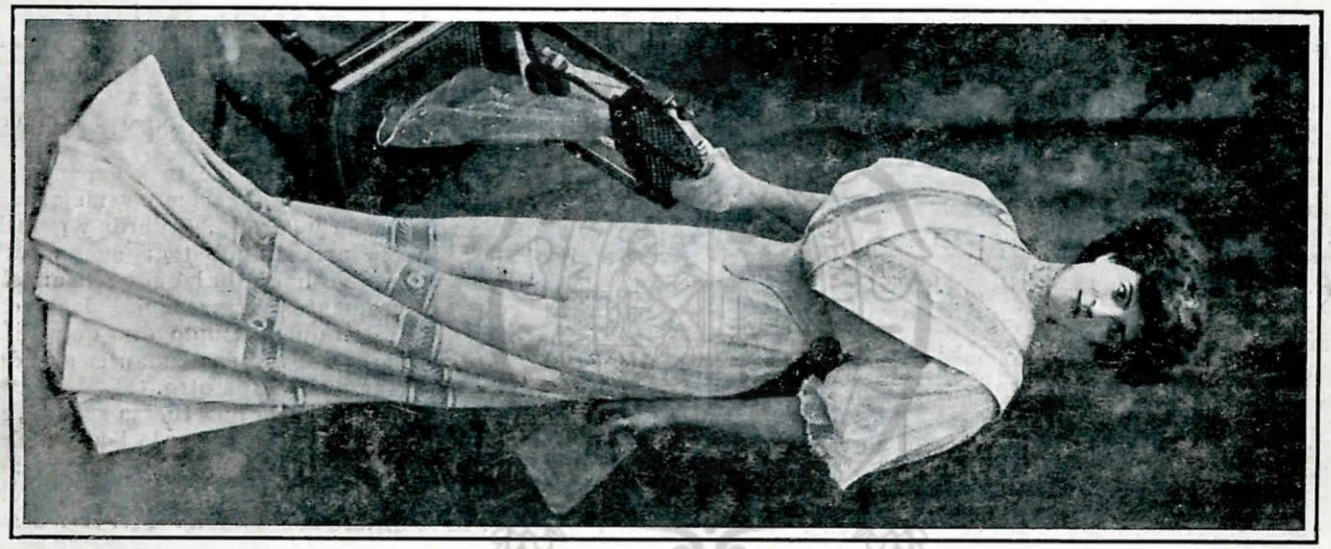
RUBÉN DARIO.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

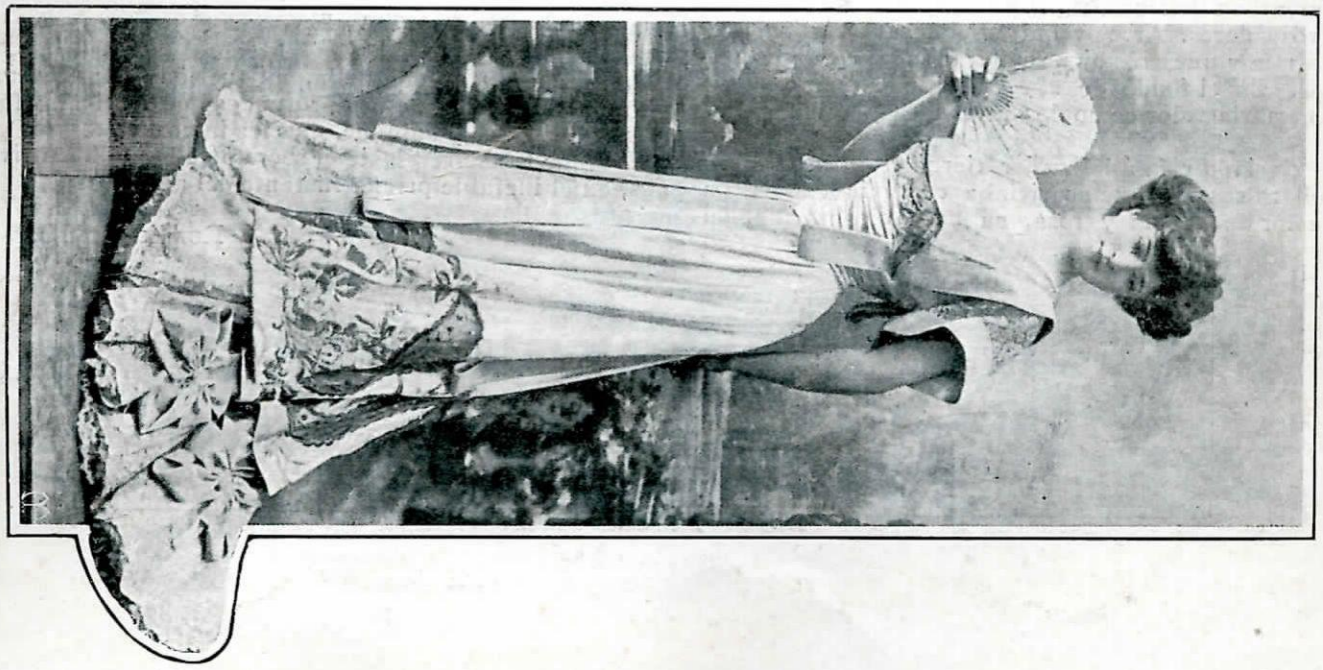
MODAS



TRAJE DE TERTULIA



TRAJE DE PASEO



TRAJE DE COMIDA

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América